HEROES DEL ESPACIO

BRUGUERA

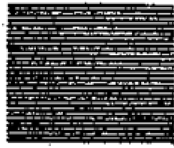
BOLSILIBROS

FUTURO

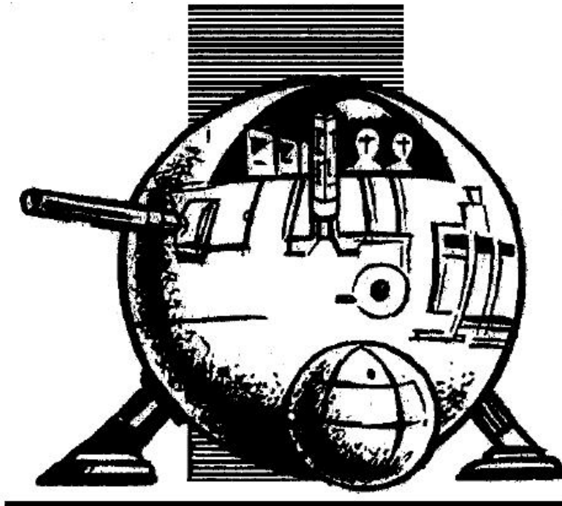
NACIDOS EN EL FUTURO

Clark Carrados





héroes del ESPACIO





ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:
Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja

Búfalo Serie Roja
Selección Terror
La Conquista del Espacio

CLARK CARRADOS

NACIDOS EN EL FUTURO

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 239
Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRÉS. 5 BARCELONA

1.ª edición en España: marzo, 1985
1.ª edición en América: septiembre, 1985
Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

Impreso en España - Printed in Spain
ISBN 84-02 09281-0 / Depósito legal: B. 5.700-1985
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Carrilera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallès (Barcelona) – 1985

CAPÍTULO PRIMERO

La pareja compuesta por hombre y mujer parecían extranjeros en la capital y daban la sensación de hallarse desorientados, lo que alguien definió más tarde, después de haberlos visto, que se sentían «como gallina en corral ajeno».

Eran jóvenes, aunque ya no unos adolescentes. Él tendría unos treinta y cinco años y ella cinco menos. El varón era alto, ancho de hombros, bien proporcionado y de cabellos claros. Ella tenía el pelo intensamente negro, muy bien peinado, y poseía una figura exquisita, que hacía volver la cabeza a quienes se cruzaban con ella, tanto hombres como mujeres.

Las ropas eran sencillas, pero elegantes y de tonos discretos. Él vestía una especie de chaquetilla corta y pantalones ajustados, con un calzado que parecían zapatillas de baile. Los zapatos de la mujer eran análogos y aunque con un moderado tacón de tres o cuatro centímetros. Su indumentaria consistía en una blusa de color rosa suave, con falda del mismo tono, corta hasta diez centímetros por encima de las rodillas.

Miraban a todas partes con infinita curiosidad y caminaron sin rumbo fijo, hasta que dieron con un hombre que vestía cierto uniforme, el cual, indudablemente, era signo de que representaba a la autoridad.

El forastero se acercó al guardia y, muy educadamente, dijo:

—Perdone, caballero. ¿Puede indicarnos cómo podríamos hablar con el jefe del gobierno de esta época?

El guardia le miró como si viese a un marciano de piel verde, ojos en el extremo de unos tentáculos y con seis brazos y nueve piernas.

—Pero ¿es que usted cree que cualquiera puede hablar con su excelencia, así, sin más que pedirlo, como si quisiera hablar con el tabernero de la esquina?

—Disculpe, pero tenemos un mensaje muy importante...

—Claro, claro, y quieren verle para decirle que su mamá política

va a venir a comer con él la próxima semana, ¿verdad? Vamos, circulen y no molesten o les haré arrestar.

El hombre se volvió hacia su hermosa acompañante.

—Te dije que costaría hacernos comprender, Amhina.

—Lo sabíamos cuando emprendimos el viaje, Khadd —contestó ella sin impacientarse.

—Entonces, sigamos; tal vez encontremos a otro que nos quiera hacer ese favor.

Un poco más adelante, encontraron a otro hombre, en cuyo uniforme se divisaban ciertos signos que declaraban un rango más elevado que el anterior. El forastero repitió la misma pregunta y el sargento de policía le miró como si estuviese viendo visiones.

—¿Ver al presidente? Hermano, usted está loco —contestó—. Suponiendo que su excelencia accediera a recibirle, tendría que formar parte de una cola de solicitantes que, puestos en fila, llegarían de un polo a otro del planeta.

—Así, pues, es imposible hablar con el jefe de gobierno —dijo el hombre, desalentado.

—Bueno, difícil, no; si quieren esperar... puede que consigan la entrevista para sus nietos —repuso el sargento irónicamente.

—Pero algún procedimiento debe de haber para conseguirlo. Nosotros venimos del siglo XXXVII y nos encomendaron una misión muy importante...

El sargento puso cara hosca.

—Si no dejan de molestarme, los encerraré —dijo, muy irritado—. ¡Vamos, circulen, circulen! Solo faltaría que quisieran burlarse de mí... ¡Decir que vienen del siglo XXXVII! ¿Están locos?

Los forasteros continuaron su camino, sintiéndose cada vez más desanimados.

—No nos instruyeron bien —se lamentó él.

—En efecto, nuestro entrenamiento fue muy deficiente —convino ella.

* * *

Habían caminado bastante y se sentían fatigados, por lo que, al ver un cercano parque, se dispusieron a descansar un rato. La hierba

era fresca y brillante y se sentaron a la sombra de un viejo cedro que no tenía menos de doscientos años de antigüedad.

Un hombre dormitaba plácidamente al lado.

—Parece muy feliz —observó él.

—Yo diría que ha sabido encontrar el auténtico sentido de la vida —comentó la mujer.

—Si es así, ha conseguido algo verdaderamente difícil.

—Casi más que nuestra propia misión.

—Va a ser muy costoso lograr que crean que hemos podido viajar mil quinientos años hacia atrás, en el tiempo.

—Y tenemos que convencerle de que todo lo que decimos es auténtico.

—Sí, pero no podemos hablar con cualquiera. Ya has visto lo que nos sucedió con esos... ¿Les llaman policías?

—Creo que sí. Como en el siglo XXXVII no tenemos policías... Pero si viniéramos a esta época, deberíamos amoldarnos a sus costumbres.

—Será un choque terrible, aunque no nos quedará otro remedio que habituarnos a las circunstancias del siglo XXII.

El hombre que estaba tendido sobre la hierba, al lado de la pareja, no estaba dormido en realidad, sino que, simplemente, tenía los ojos cerrados. Se llamaba Jori Shawk y tenía una profesión difícil de definir, excepto por ciertas personas a quienes les habría gustado enormemente verle dar vueltas en el patio de un penal.

En aquellos momentos, Shawk estudiaba mentalmente la forma de hacer picar a un «primo», a quien quería venderle el monumento al año dos mil. Tiempo atrás, un político, al que muchos calificaban de imbécil, había tenido la disparatada idea de hacer construir un monumento a dicho año, transición, declaró altisonantemente, entre una época de oscurantismo y tinieblas, y otra de esplendor y prosperidad.

El monumento consistía en una especie de obelisco de metal, de sesenta metros de altura, con algunas «ramas» en la parte más alta. Parecía un árbol dibujado por un chiquillo de pocos años y a la gente le había dado por llamarlo «el pino tonto». El metal relucía y deslumbraba a la vista, desde cualquier parte que se le mirase, y tenía una cualidad muy buena: no se podían hacer «pintadas» en su

superficie.

Algunos habían intentado grabar consignas o disparates de cualquier clase con punzones eléctricos, pero entonces sonaba una alarma automática y la policía intervenía en el acto. Por tanto, el monumento se conservaba como el primer día: rígido, erguido, deslumbrante como la plata recién bruñida.

Shawk pensaba decir al primo que, si por fuera parecía de plata, en realidad era de oro macizo. Incluso había descubierto el procedimiento para probarlo y así poder embolsarse una sustanciosa cantidad, a cambio de la «venta» del monumento del año 2000.

Pero en aquellos instantes, sus pensamientos acerca del timo que pensaba poner en marcha, apenas encontrase al «primo» adecuado, pasaron a un segundo plano, al oír el diálogo de la pareja forastera.

Sentándose en el suelo, les dirigió una cálida sonrisa.

—Disculpen —dijo—. He oído sin querer lo que estaban diciendo. ¿Es cierto que vienen ustedes del siglo XXXVII?

—Rigurosamente cierto —confirmó el hombre.

—En tal caso, permítanme que me presente. Soy Jori Shawk, pero pueden llamarme Jori a secas.

—Yo soy Khadd Olko. Ella es Amhina Zor-Hild —dijo el forastero—. Use los nombres sin remilgos, Jori.

Amhina le dirigió una hechicera sonrisa. «Es guapísima», pensó Shawk.

—Y quieren hablar con el jefe del gobierno —dijo.

—Efectivamente —respondió Olko—. Nos encargaron de una misión de suma importancia, pero las primeras personas con autoridad a las que nos hemos dirigido, nos han despachado con... —se volvió hacia la joven—. ¿Cómo se dice en el lenguaje de esta época, Amhina?

—Con cajas destempladas —repuso ella dulcemente.

En aquellos momentos, Shawk acababa de recordar que conocía a cierta persona, autoridad en Física Temporal, que tal vez podría darle explicaciones sobre lo que contaban los forasteros.

—¿Por qué no vienen a mi casa? —propuso—. Desde allí, podemos hacer una consulta al centro de información del gobierno y saber cuándo podrá recibirles el presidente.

Olko se volvió hacia su hermosa acompañante.

—¿Qué te parece, Amhina? —consultó.

—Es una excelente idea —aprobó ella.

* * *

Shawk residía en una casa situada en las afueras de la ciudad, comprada con el «producto» de su trabajo, ya que no le agradaba vivir en lo que él calificaba de colmena de cemento, cristal y acero. Por otra parte, le convenía más para sus entrevistas, que así se podían celebrar lejos de las miradas de ojos inconvenientemente curiosos.

—Sentaos aquí —dijo, una vez hubieron llegado—. Voy a prepararos algo de beber. Luego llamaremos al centro de información.

Shawk se dirigió al interior de la casa. Tenía un oído muy fino y por ello pudo captar un breve diálogo entre sus huéspedes.

—¿Es de fiar, Amhina? —preguntó él.

—Sí, Khadd —contestó la joven—. Le he sondeado su mente y, aparte de algunos pensamientos extraños, que no tienen nada que ver con lo nuestros, podemos considerarlo de toda confianza.

Mientras preparaba el café, Shawk se preguntó cómo diablos habían sondeado su mente. Amhina llevaba un bolso pendiente del hombro izquierdo y, en cierta ocasión le había visto mirarse en el espejito de lo que parecía una polvera. Tal vez era un aparatito que permitía penetrar en el cerebro...

«Bueno, de todos modos, no importa. No les voy a vender a ellos el monumento al año dos mil», pensó.

Salió a poco con una bandeja en las manos, sirvió el café y luego se acercó al ordenador que tenía conectado con la gran pantalla de televisión situada en la pared frontera.

—Vamos a ver, amigos —dijo sonriendo—. Ahora mismo haremos la consulta, pero necesito vuestros datos personales. La respuesta llegará en menos de un minuto.

—Estáis muy adelantados en el siglo XXII —comentó Amhina.

—No podemos quejarnos de nuestra ciencia —repuso Shawk con virtuoso acento—. ¿Empezamos?

A medida que le dictaban datos, él accionaba las teclas

correspondientes del ordenador:

NOMBRE: KHADD OLKO, NUMERO PERSONAL 0054-3966-AR-ll.

PROCEDENCIA: CAPITAL PLANETA, SIGLO XXXVII.

PROFESIÓN: MIEMBRO CONSEJO SUPERIOR TEMPORAL.

SOLICITUD DE: ENTREVISTA CON AUTORIDAD SUPREMA PLANETA.

MOTIVOS: SE LE EXPONDRÁN PERSONAL Y PRIVADAMENTE.

REPRESENTA A: GOBIERNO PLANETA SIGLO CITADO.

DOMICILIO ACTUAL: AVENIDA CUARTO EJE, NUMERO 12.004.

Los datos de Amhina eran similares. Después de efectuada la consulta, aguardaron la respuesta, que llegó antes de un minuto de la pantalla:

ESPEREN MENSAJEROS PERSONALES PRESIDENCIA, QUE IRÁN A RECOGERLOS PARA TRASLADARLOS SU DESTINO.

Sonriente, Shawk se volvió hacia sus huéspedes.

—Ya lo habéis conseguido —exclamó—. Dentro de nada, vendrán a buscaros para llevaros a presencia del jefazo máximo de la Tierra.

Olko y Amhina le expresaron su agradecimiento. Shawk sirvió unas copas para celebrar la conclusión de sus problemas y todos brindaron por el feliz éxito de su misión, de la que, aunque someramente, le explicaron algunos detalles.

Shawk no estaba demasiado convencido de todo lo que decían, si bien estimaba que había un fondo de verdad en las declaraciones de la pareja. No obstante, simuló creerles y les animó con buenas palabras para que tuvieran fe ciega en el éxito de la misión que les había sido confiada.

Casi una hora más tarde, llamaron a la puerta de la casa. Un hombre, vestido con un uniforme azul oscuro, con insignias de capitán en las hombreras, se presentó y ofreció los respetos de su excelencia a los forasteros.

—Su excelencia me ha encomendado les lleve a su despacho privado, en donde les atenderá personalmente —manifestó.

Olko y Amhina se despidieron de Shawk.

—Nunca olvidaremos esto que has hecho por nosotros, Jori.

Ella le dio algo más que palabras: un cálido beso en la mejilla, que Shawk recibió con gran satisfacción.

Pero su contento se disipó instantes después, cuando vio las insignias que lucían en el costado del aeromóvil que había traído al capitán Ersylt a su casa.

—¡Es la Policía de Seguridad de la Tierra! —gritó, cuando el aparato se elevaba ya en el aire.

Y entonces supo que el destino de sus amigos era cualquiera, menos ser recibidos por el presidente en persona.

CAPÍTULO II

Alguien le había engañado, no cabía duda, se dijo Shawk más tarde, profundamente preocupado por la suerte de sus amigos. La temible Policía de Seguridad de la Tierra había tomado cartas en el asunto, estaba bien claro.

A él le habían respetado, porque, pese a todo, aquella organización conocía sus limitaciones y no le interesaba entrar en conflicto con un ciudadano normal, contra el que no había ninguna acusación oficial. Pero a Khadd y a Amhina...

—¿Qué canalladas cometerán con esa pobre chica? —se indignó.

Corrían rumores acerca de la PST, rumores que, sin embargo, nadie había podido confirmar. Pero ninguna de las habladurías citaba precisamente elogios de aquel cuerpo y eso era lo que a Shawk le hacía sentirse tan aprensivo.

Alguien podría ayudarle, evidentemente, pero ¿quién?

Con la imaginación, Shawk repasó la lista de sus amistades. Tenía conocimientos en esferas relativamente elevadas, aunque nunca había querido pedir un favor. Era un tanto orgulloso y, además, deseaba seguir siendo independiente.

Pedir favores significaba quedar obligado para el futuro y eso era algo que detestaba. Pero ahora, no solo había tomado simpatía a los viajeros del siglo XXXVII, sino que, además, pensaba en la hermosa Amhina y se estremecía solo de pensar que podía hallarse encerrada en una celda húmeda y oscura...

«O sometida a sabe Dios qué infernales tormentos», se dijo.

Los tormentos serían más psíquicos que físicos, pero ella acabaría convertida en un pingajo. Y no podía consentirlo.

Durante largo rato, permaneció inmóvil, sentado en el diván, convertido en una estatua en la que apenas si se percibían los movimientos de la respiración. De pronto, se le ocurrió una idea.

Conocía a alguien que podía facilitarle explicaciones sobre el tema de los viajes en el tiempo. Hacía años que no veía a aquella persona, pero, en cierta época, habían tenido alguna intimidad, aunque ahora no sabía nada de ella.

Cuando se disponía a llamarla, recibió la señal de su televisor.

Conectó el aparato. Los rostros de Khadd y Amhina aparecieron en la pantalla.

—Gracias por tus desvelos en nuestro favor —dijo él.

—Te recordaremos siempre, buen amigo —añadió la joven.

—Has demostrado ser digno representante de este siglo.

—Jori, me he olvidado la medalla, cuando fui al baño a darme una ducha. Puedes quedártela como recuerdo mío —dijo Amhina.

—Gracias a los dos y buena suerte —les deseó Shawk.

La pantalla se apagó. Shawk se quedó muy pensativo.

Habían intentado darle un mensaje en clave, estaba convencido de ello.

Porque Amhina no se había duchado ni llevaba ninguna medalla cuando él la vio por primera vez.

—Eso es que me piden ayuda —dedujo finalmente.

Los tendrían encerrados, aunque sin causarles graves daños. Muy posiblemente, retirados de la circulación, para que no divulgasen su misión.

—Y todo ello, ¿por qué?

La señal de llamada volvió a sonar. Nuevamente conectó el televisor.

El rostro mofletudo de un hombre de unos cincuenta años, lujosamente ataviado y con una espantosa cadena de oro pendiente del cuello, que no pesaba menos de un kilo, apareció ante la vista del dueño de la casa.

—Amigo Jori, me reconoce, supongo —dijo el gordo.

—Por Dios, señor Freidin —contestó Shawk jovialmente—. ¿Cómo olvidarle? ¿Desea algo de mí? Ya sabe que no tiene más que mandarme...

—Deseo noticias sobre el asunto que comentamos hace algunos días —manifestó el gordo.

—Oh, sí, las noticias son estupendas, aunque no tengo todavía completada la documentación. Faltan un par de firmas de ministros... Usted ya comprende que este asunto es secreto... La... «cosa» tiene que desaparecer de la noche a la mañana... Es detestada por la inmensa mayoría, pero existe una minoría muy alborotada, que organizaría un tremendo escándalo, si el asunto se hiciese público

antes de tiempo... Tenemos que atenernos, aunque no nos guste, a la política de hechos consumados.

—Muy lógico —convino Freidin—. No deje de darme noticias en cuanto le sea posible.

—Dos días, tal vez tres —respondió Shawk.

—Recibirá una sustanciosa cantidad como recompensa por sus esfuerzos, se lo prometo.

—Muy agradecido, amigo mío.

La comunicación se cortó. A pesar de sus preocupaciones por la suerte de sus recientes amigos, Shawk no pudo por menos de frotarse las manos de gusto. Ya tenía el «primo» que necesitaba.

Luego pensó en la persona que podía ayudarle a resolver el problema de Khadd y de Amhina y, tras una ligera reflexión, se dijo que, mejor que hablar con ella por la pantalla, era hacerle una visita.

—Resultará más efectivo —murmuró, cuando ya salía de su casa.

* * *

Una atildada doncella, ataviada según la moda de dos siglos antes, salió a recibirle a la puerta de la mansión.

—Soy Jori Shawk, antiguo condiscípulo de la doctora Prodnn —dijo, a la vez que entregaba una tarjeta de visita—. ¿Puedes avisarla?

—Tenga la bondad de aguardar, señor —contestó la sirvienta.

En el vestíbulo, Shawk admiró el lujo de la mansión.

—Esta chica... —murmuró, meneando la cabeza—. Le sobra el dinero hasta por las orejas y va en camino de convertirse en una solterona agriada y malhumorada...

La doncella reapareció al cabo de unos instantes.

—Señor, la doctora le recibirá en su laboratorio privado. Por favor, sígame.

—Gracias.

Shawk fue conducido a una espaciosa habitación, en la que había una mujer vestida con una bata blanca, sentada ante una gran pantalla de televisión, mediante la cual veía los resultados de los cálculos que hacía con su ordenador personal.

La mujer tenía tres o cuatro años menos que él, era alta y de pelo rubio dorado como el trigo maduro, pero muy mal peinado. Era

evidente que Elyssa Prodnn no se preocupaba de su aspecto personal, porque ni siquiera llevaba maquillaje en la cara.

—Espera un momento, por favor, Jori —pidió, a la vez que hacía un ligero ademán—. Martha, traiga algo de beber al señor Shawk —indicó a la doncella.

—Sí, doctora.

Transcurrieron algunos minutos en completo silencio. Shawk había despachado ya la copa que le habían servido y empezaba a pensar que la doctora Prodnn se había olvidado de él, cuando, de pronto, se apagó la pantalla y la joven se volvió en redondo.

—Es curioso, Jori. Hace un montón de años que no nos vemos y hoy, de repente, se te ocurre venir a visitarme. ¿Estás en apuros? Si es así, te daré una nota para mi administrador...

Shawk se puso rígido.

—Eres la misma de siempre, Elyssa —criticó duramente—. Tienes más dinero del que uno se puede imaginar y, aunque no niegas tu ayuda, la concedes como si los demás fuésemos molestos insectos que no merecemos morir, pero sí apartados de tu camino.

—Lo siento, no era mi intención ofenderte —se disculpó ella, a la vez que se ponía en pie—. Pensé que necesitarías... bueno, no eres el único condiscípulo que viene a verme en ocasiones...

—Nos separamos al salir de la Universidad. Nunca te pedí nada entonces ni tampoco te pediré nada ahora... económicamente, claro. Pero sí necesito tu ayuda en otro sentido.

—Te escucho, Jori —dijo Elyssa—. Por cierto, y antes de seguir adelante, ¿a qué te dedicas?

—Soy timador. Estoy en tratos para vender el monumento al año dos mil.

Elyssa le miró atónita.

—Siempre tuviste un gran sentido del humor. Tus bromas eran famosas, aunque nunca dañinas. Veo que sigues siendo el mismo y eso me satisface muchísimo.

—Gracias, Elyssa, pero dejemos mi profesión por el momento. Tú, al contrario, has continuado con tus investigaciones.

—Es una rama de la ciencia que me apasiona, Jori —confesó la joven.

—Lo celebro infinito, porque así comprenderás mejor lo que

tengo que decirte.

—Jori, ¿por qué no vamos al salón? Es hora de cenar y tengo apetito. ¿Quieres acompañarme?

—No es mala idea —aceptó Shawk alegremente.

* * *

—Elyssa, ¿crees tú posible que dos personas puedan viajar en el tiempo, desde el siglo XXXVII? —preguntó Shawk poco después.

Ella le miró con notable interés.

—¿Has tenido tú relación con esas personas?

—A una pregunta, me contestas con otra —rio el invitado—. Si te dijera que sí, ¿me creerías?

Elyssa hizo un gesto afirmativo.

—Nada me gustaría más que conocer a tus amigos. Porque lo son, ¿verdad? Tienes una virtud especial, Jori: enseguida me atraes la amistad y la confianza de la persona a quien acabas de conocer.

—Son mis amigos, en efecto, pero mucho me temo que se hallen en una difícil situación, Elyssa.

—¿Por qué, Jori?

Shawk le explicó lo ocurrido aquella misma tarde en su casa. Elyssa se sintió sumamente preocupada al conocer el incidente.

—No les habrán hecho daño, pero los mantendrán apartados de la circulación, por decirlo así, durante un tiempo. Luego, discretamente, los devolverán a su época —manifestó.

—Pero ellos dijeron que a finales del XXXVII se va a producir una gran catástrofe que destruirá por completo toda vida humana existente sobre la Tierra —exclamó Shawk.

—¿Te dijeron cómo lo habían averiguado?

—No dieron demasiados detalles, aunque sí mencionaron un viaje a su futuro. Este es irreversible para ellos, quiero decir que no pueden evitar la catástrofe.

—Suponiendo que sea cierto, ¿qué planes tienes para la supervivencia?

—El traslado de toda la población terrestre a este siglo.

Elyssa se quedó pasmada.

—Todos los que vivirán dentro de mil quinientos años... Viajar a

este siglo... ¿Cuántos viven en la actualidad... «allí»?

—Unos cuatrocientos millones. En el siglo XXIX se produjo una gran epidemia, un virus importado por unos astronautas que regresaban de un planeta situado en la constelación de Vega, a unos veintisiete años luz de la Tierra.

—¿Ya se había descubierto la forma de viajar a las estrellas? —dijo la doctora, cuyo asombro subía de punto a cada explicación que le daba su invitado.

—En efecto. Esos viajeros trajeron consigo un virus desconocido hasta entonces en el planeta y que provocó una mortandad de proporciones apocalípticas. Se calcula que murieron nueve mil novecientas noventa y nueve personas de cada diez mil, lo que, como puedes comprender, da un número irrisorio de supervivientes. E incluso estos, al cabo de muchos años, hasta dos siglos, más tarde, seguían muriendo a causa de ese virus, con lo que el crecimiento de la población fue poco menos que nulo. Más adelante, a partir del siglo XXXI, el ser humano desarrolló anticuerpos efectivos, aparte de que el virus perdió buena parte de su eficacia y ya no se producen fallecimientos por esa causa.

—En total, cuatrocientos millones... ¿y cuántas máquinas del tiempo para trasladarlos a esta época? Suponiendo que el gobierno acceda, claro.

—Mis amigos dijeron que se podían emplear cuatrocientas máquinas, a razón de cuatro personas por cada cuatro minutos y viaje.

Elyssa hizo un rápido cálculo.

—Si son cuatrocientos millones, y llegan mil seiscientas personas por cada cuatro minutos, o sea, veinticuatro mil a la hora y quinientas setenta y seis mil al día... se necesitarían casi dos años para que todos viniesen a esta época, exactamente, seiscientos ochenta y siete días, y eso suponiendo que el traslado se hiciera de una forma absolutamente ininterrumpida. ¿Sabes los problemas que eso crearía, no solo al gobierno, sino a todos nosotros?

—¿Hemos de dejar que mueran, solo porque hayamos de padecer algunos inconvenientes, Elyssa?

La doctora meditó unos segundos.

—Mira, Jori —dijo al cabo—, como no ignoras, yo realizo

investigaciones en el campo de la Física Temporal, pero hay alguien infinitamente más experto que yo y de quien se rumorea, incluso, que ha construido una máquina del tiempo. O cronomóvil, como prefieras llamarlo. ¿Por qué no vamos a visitarle para que nos dé su consejo?

—Sin duda, hablas de un hombre. ¿Quién es?

—El profesor Roffur, una verdadera autoridad en esta materia y un innovador de la ciencia espaciotemporal. Fue precisamente él quien me guio en mi tesis doctoral, hace ya un par de años.

Shawk miró su bella anfitriona de arriba abajo.

—Tan joven y ya una doctora en Física Temporal... —exclamó, admirado.

—Déjate de halagos —cortó ella con cierta aspereza—. Ahora tengo trabajo; ven mañana a buscarme a las nueve e iremos los dos juntos a hablar con el profesor Roffur.

—De acuerdo y muchas gracias... Oye, Elyssa, ¿tú no te diviertes nunca?

—¿Por qué lo dices? —preguntó la joven, sorprendida.

—Podríamos salir a bailar juntos, a una función de teatro cómico, luego a tomar algo de madrugada... En fin, un poco de vida nocturna...

Elyssa lo empujó hacia la salida con enérgicos ademanes.

—Ahora no tengo tiempo de tonterías. Mañana, a las nueve en punto, o te quedarás sin la entrevista con Roffur —le despidió, un segundo antes de casi darle con la puerta en las narices.

CAPÍTULO III

Shawk regresó a su casa, un tanto perplejo por el comportamiento de Elyssa. No podía comprender que una joven tan hermosa y con una fortuna muy saneada, llevase una vida casi monástica, entregada a cierta clase de investigaciones que a él le parecían el colmo de lo abstruso.

—Peor sería —se dijo— que se entregase a una vida de orgías y disipación, claro, pero, demonio, es que hay un justo término medio... Hay un tiempo para el trabajo y el estudio, otro para la diversión, momentos de descanso... En fin, que la vida puede resultar agradable si no se abusa de cualquiera de esas cosas, lo mismo del trabajo que de la diversión. Pero ella no parece comprenderlo así y...

Tales eran sus pensamientos cuando llegó a su casa. Al abrir la puerta vio, con gran sorpresa, que tenía un huésped inesperado.

Lo había visto aquella misma tarde, con el uniforme que aún llevaba puesto. El policía se puso en pie a la llegada del dueño de la casa.

Shawk frunció el ceño.

—Señor, no recuerdo haberle dado permiso para entrar aquí —dijo fríamente.

—Debo presentarle mis excusas, en nombre de la más alta autoridad del gobierno —dijo el policía—. Quizá antes no le di mi nombre y conviene que lo sepa: Capitán Dragh Ersylt, de la PST y enviado especial de su excelencia.

—¿El presidente? —exclamó Shawk, estupefacto.

—El mismo —confirmó Ersylt—. Su excelencia me ha dado un mensaje personal para usted. Tengo el encargo no solo de dárselo, sino de comprobar que lo ha leído, que conoce su contenido y que se manifiesta de acuerdo con lo que en él se dice.

Al mismo tiempo que hablaba, Ersylt sacaba del interior de su chaquetilla negra un sobre de papel muy grueso, de color crudo, con cinco sellos de lacre y el presidencial en el anverso.

—Por favor, señor Shawk...

El joven tomó el sobre con expresión de asombro, sin creer

todavía que el poderoso jefe del gobierno terrestre se hubiese dignado enviarle un mensaje personal. Al cabo de unos segundos de indecisión, buscó un cuchillo, rasgó el sobre y extrajo de su interior un pliego de papel, que desdobló en el acto.

El mensaje decía:

> *EL PRESIDENTE DEL PLANETA TIERRA SALUDA*
>
> *Muy afectuosamente al ciudadano Jori Shawk, y al agradecerle la atención que ha dispensado a los ciudadanos Khadd Olko y Amhina Zor-Hild, le participa la conveniencia por razones de muy alta política, de olvidar que ha conocido a los citados.*
>
> *Sinceramente suyo,*
>
> *K. N. Mohittar,*
> *Presidente*

Cuando terminó la lectura, Shawk no daba crédito a los ojos.

—¿Se ha enterado del contenido del mensaje? —preguntó Ersylt.

—Sí, en efecto... pero no comprendo...

—No se le pide que comprenda, sino que obedezca, señor.

Shawk se puso rígido.

—Es una orden.

—Directa de su excelencia.

El joven vaciló un instante.

Pensó en rebelarse y enviar al diablo al mensajero y al mensaje y hasta a su autor, pero la experiencia le había enseñado la conveniencia de ser flexible y discreto en ocasiones.

Al fin, sonrió.

—Le ruego tenga a bien comunicar a su excelencia mi agradecimiento y espero le haga saber soy su obediente servidor —dijo.

—Gracias, señor Shawk. Buenas noches.

—Buenas noches, capitán.

Al quedarse solo, Shawk se abanicó con la carta del presidente.

—¿Por qué diablos tanto interés en la suerte de dos personas que han nacido en el futuro? —se preguntó.

Luego se acordó de la hermosa Amhina y frunció el ceño.

—Si la hacen algún daño...

Pasado un buen rato, se acostó. Tardó mucho en dormirse, porque

aquel día había sido protagonista de unos acontecimientos extraordinarios y presentía que sus aventuras no habían hecho sino empezar. Pero, finalmente, logró conciliar el sueño, aunque se levantó a tiempo para acudir con toda puntualidad a la cita que tenía con la doctora Elyssa Prodnn.

* * *

Elyssa le aguardaba ya en el jardín de su casa, ataviada de un modo singular: blusa, sin mangas, atada por debajo de los senos, pantalón corto y calcetines y zapatillas de deporte. El pelo estaba atado por una cinta encarnada y en su cara había un ligero maquillaje, que le confería un aspecto muy distinto del que Shawk había visto la víspera.

Pero sus sorpresas no habían hecho más que empezar. Apenas llegó, ella le puso una bicicleta en las manos.

—Iremos pedaleando —dijo.

—¡Elyssa! —gritó él—. Tú no me quieres bien. ¿Acaso deseas mi muerte?

—¿Es que no haces nunca ejercicio? —rio la doctora—. Vamos, haragán; empieza a quitar la herrumbre de tus articulaciones.

—Hace un siglo que no monto en bicicleta...

—Eso es algo que, una vez aprendido, no se olvida jamás. Ánimo, solo son siete kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. ¿No eras tú el que me aconsejabas un poco de diversión?

Shawk elevó los ojos al cielo.

—A esto le llamas diversión... —clamó, pero Elyssa ya se alejaba en su bicicleta hacia la salida y él se vio obligado a seguirla precipitadamente.

Por fortuna, el terreno era llano y el esfuerzo mínimo. Una vez hubo conseguido el ritmo adecuado, Shawk empezó a hablar y contó a la joven la visita que había recibido después de separarse de ella.

—¡No lo puedo creer! —se asombró Elyssa—. ¿Por qué ha de entrometerse el presidente de un asunto de esta clase?

—Es de mucha envergadura, doctora. Imagínate, cuatrocientos millones de más en la Tierra, en esta época y de golpe, como quien dice... Pero si no me crees, te lo voy a demostrar inmediatamente.

Sacó el sobre y se lo pasó a Elyssa, que pedaleaba emparejada con él. La joven soltó el manillar y extrajo del interior del sobre el pliego que Shawk había leído la víspera.

—Jori —dijo ella al cabo de unos momentos—, ¿estás seguro de que esta carta fue escrita por el presidente?

—En persona, guapa. Mira su firma...

—Tú te burlas de mí, Jori. Eso no me gusta —exclamó Elyssa, a la vez que le devolvía el pliego de papel.

Shawk lo recobró. Una exclamación de asombro brotó de sus labios al ver que el pliego estaba completamente en blanco.

Lo volvió del otro lado, pero tampoco había el menor signo de escritura. Entonces, comprendió lo que sucedía y emitió un grueso taco.

—¡Jori! Modera tu lenguaje —te reprochó ella.

—Dispensa, pero no he podido contenerme. El capitán Ersylt me la jugó de puño...

—¿Crees que se trata de un engaño?

—¿Qué otra cosa puede ser, si no? Él pensó que yo no volvería a leer el mensaje... al menos, en un determinado tiempo... Esta mañana, cuando salí de casa, el mensaje continuaba escrito... Ha sido ahora, cuando la tinta se ha disipado...

—Si lo que dices es Ersylt, el que escribió el mensaje, calculó muy bien el tiempo que emplearía la tinta para desaparecer. Así no puedes probar nada, Jori.

—Pero eso significa también que la prohibición ha desaparecido —alegó Shawk con vehemencia—. Ya no puedo sentirme obligado por la orden presidencial, ¿no lo comprendes, Elyssa?

—La prohibición continúa en pie. Lo que no quieren es que el presidente se vea comprometido por un escrito que no debe hacerse público. Pero si intentas quebrantar esa orden, alguien te lo recordara y quizá no con buenos modales.

—En tal caso, quizá no debería acompañarte a ver a Roffur —manifestó el joven.

Elyssa sonrió maliciosamente.

—Yo no he recibido ninguna orden —respondió—. Y tú me acompañas a dar un sano e higiénico paseo en bicicleta, desconociendo por completo el lugar al que me dirijo.

Una ancha sonrisa distendió los labios de Shawk.

—Lo dije siempre: eres la chica más encantadora que he conocido... con excepción, quizá, de la que conocí ayer —añadió evocadoramente.

—¿Te refieres a Amhina, Jori?

—Sí, Elyssa.

—¿Es guapa?

—Guapísima —contestó él, con los ojos en blanco.

Elyssa volvió a sonreír, aunque con más discreción. «El flechazo, no cabe duda», pensó.

Pero luego se sintió muy alarmada.

—¿Cómo puede haberse enamorado de una muchacha que tardara todavía mil quinientos años en nacer? —se preguntó.

* * *

La residencia del profesor Roffur era una especie de villa de tres plantas, en forma de L, y rodeada de un amplio parque, el cual, a su vez, estaba circunvalado por una tapia de mampostería de seis metros de altura.

En la parte superior de la tapia se veían alambres de metal sobre aislantes de porcelana. La puerta principal era de acero y parecía capaz de resistir el impacto de una vieja pieza de artillería de 155 mm.

Elyssa se quedó estupefacta al ver aquella serie de protecciones.

—Estuve aquí hará tres meses y la tapia no tenía la mitad de altura, ni alambre electrificado... y la puerta era una artística verja de hierro forjado...

—Sin duda, el profesor habrá tomado precauciones debido a algún incidente desagradable. Ladrones o algo por el estilo —apuntó Shawk.

—¿Qué iban a encontrar aquí unos ladrones? Aparatos científicos, pero nada de valor. Roffur no es aficionado a las joyas...

—La villa parece lo suficientemente lujosa como para que haya en ella, por ejemplo, candelabros y cubiertos de plata, además de algunos cuadros de buenas firmas. Eso sí llamaría la atención de unos ladrones, reconócelo conmigo, Elyssa.

—Quizá tengas razón —suspiró ella.

Se había apeado de la bicicleta y tocó el timbre que había en la pared, al lado de la puerta. Segundos después, se descorrió una especie de aspillera y un hombre, de rostro poco amistoso, les miró con desagrado.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? —preguntó, desabridamente.

—Soy la doctora Prodnn, discípula del profesor. Mi... colaborador el señor Jori Shawk. Deseamos hablar con el profesor Roffur.

—No puede ser —contestó el cancerbero.

—Me gustaría saberlo personalmente de labios del profesor —dijo Elyssa, muy irritada—. Limítese a pasar mi recado y traiga la respuesta cuanto antes —agregó, enérgica.

—Está bien. Esperen.

La mirilla se cerró. Elyssa, desconcertada, se volvió hacia su acompañante.

—Esto no me gusta —dijo Shawk.

—¿Por qué, Jori?

—Lo que les ha sucedido a Khadd y Amhina me huele a secuestro. Si el profesor era antes fácilmente accesible y ahora parece que no quiere recibir a nadie, es como para pensar que aquí está ocurriendo algo nada agradable.

—Me gustaría saber lo que pasa...

—Si no te dejan entrar, no podrás averiguarlo, Elyssa.

Transcurrieron algunos minutos. Al fin, el vigilante se hizo visible de nuevo.

—Lo siento, doctora. El profesor me ruega que le disculpe y que ya la llamara a usted, cuando esté más descargado del trabajo que ahora le abruma.

—Pero es que necesitaba... —Elyssa se interrumpió, para morderse los labios—. Oiga, ¿no podría avisar a su ayudante, el doctor Himon Triom? —preguntó, casi con desesperación.

—El profesor Triom está ausente, doctora —contestó el vigilante mecánicamente.

De pronto, Shawk tiró del brazo de la joven, al mismo tiempo que, por segunda vez y ahora parecía que definitivamente, se volvía

a cerrar la mirilla.

Elyssa se volvió hacia Shawk.

—¿Querías decirme algo, Jori?

—Sí —contestó él—. No te molestes, no vas a conseguir hablar con el profesor Roffur.

—¿Por qué, si se puede saber?

—Mientras hablaba ese celoso cancerbero, yo procuraba mirar para ver qué había al otro lado de la puerta, ya que su cabeza no tapaba por completo el hueco de la aspillera. Y he visto algo que no me gusta lo que se dice nada.

—¡Habla, no me tengas sobre ascuas, Jori! —pidió Elyssa ansiosamente.

—He visto un uniforme de la PST, lo cual me hace creer, cada vez con más fundamento, no solo en el secuestro de mis dos amigos del futuro, sino también del profesor Roffur.

CAPÍTULO IV

Habían regresado a la casa de la doctora, y ella se paseaba nerviosamente por el salón, mientras Shawk, recostado en un diván, parecía tener la mirada perdida en el techo, aunque, en realidad, estaba sumido en profundos pensamientos.

—Hay cosas que suceden y que no me gustan en absoluto —estalló Elyssa, después de largos minutos de silencio—. Nunca me he preocupado de cierta clase de problemas; he vivido siempre encerrada en una torre de marfil, ajena a lo que ocurría a mi alrededor, y creo que es hora de que esto empiece a cambiar.

—Una decisión altamente elogiable —manifestó Shawk—. Pero ¿qué es lo que piensas hacer?

—Intentaré hablar de nuevo con el profesor, y si no, con su ayudante Triom...

—Yo no te lo aconsejaría. Fracasarías —aseguró él.

Elyssa detuvo sus paseos.

—Entonces, ¿qué debo hacer, según tú?

—Evidentemente, tenemos que averiguar lo que sucede allí. Tú misma dijiste antes que jamás habían existido en la residencia de Roffur tantas medidas de seguridad. Ahora, además, hay miembros de la PST colaborando en la vigilancia de la casa. Por tanto, no permitirán que nadie entre allí, sin permiso de alguien que está situado muy en lo alto.

—Y, ¿quién es esa persona, Jori?

—Lo ignoro y, hasta cierto punto, no me importa. Pero mucho me temo que, si queremos saber lo que sucede allí, tengamos que actuar de manera muy distinta a solicitar una entrevista, llamando a la puerta.

—¿Tienes alguna idea al respecto? —preguntó Elyssa. Shawk reflexionó unos momentos.

—Antes de hacer nada —dijo al cabo—, me gustaría conocer el terreno.

—Yo he estado allí. Puedo darte indicaciones...

—Eso no vale ahora. Las cosas han cambiado sustancialmente, de

modo que allí se han introducido modificaciones que no sospechas siquiera. Me gustaría echarle un vistazo desde lo alto, Elyssa.

—Tengo un aeromóvil. Podríamos sobrevolar...

—Con precauciones y sin hacernos sospechosos. Apostaría algo bueno a que los vigilantes tienen orden de derribar cualquier aparato que vuele directamente sobre la residencia.

—¿Tú crees? —se extrañó la doctora.

—Después de la carta del presidente, me creo todo. ¿Has dicho que tienes un aeromóvil?

—Sí, y yo suelo pilotarlo, aunque ahora hace tiempo que no lo saco del cobertizo donde lo guardo.

Shawk se puso en pie de un salto.

—¿No habrá unos prismáticos en esta casa?

Elyssa sonrió.

—Los hay —respondió.

* * *

El aparato volaba a unos dos mil metros de altura, a poca velocidad y no precisamente sobre la vertical de la residencia del profesor. Shawk, con los prismáticos, observaba atentamente los menores detalles del parque y de la casa, mientras Elyssa se mantenía en los controles, atenta a las indicaciones de su acompañante.

El vuelo se realizó en línea recta, en dirección sur-norte. La vertical del aeromóvil quedaba a unos mil metros del lado oriental del parque. Elyssa hizo que el aparato se moviese siempre con el mismo rumbo, hasta desaparecer al otro lado de unas colinas, situadas a unos cinco kilómetros de la casa.

—Bien, ahora; supongo, daremos otra pasada... —dijo.

—Ni lo sueñes —rechazó él la idea—. He visto tipos que también nos miraban con prismáticos y varios de ellos estaban provistos de lanzacohetes portátiles.

—¡No puede ser! —exclamó ella, estupefacta.

—Te aseguro que no bromeo. Todo lo que te he dicho es rigurosamente cieno. Si ahora volviésemos, nos dispararían un par de cohetes y no perderían el sueño esta noche.

El aeromóvil se había posado en el suelo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —dijo Elyssa, desalentada.

—Te lo has tomado muy a pecho, ¿eh? —sonrió Shawk—. Bien, cuando alguien quiere conseguir una cosa, lo mejor es estudiar a fondo el terreno en que ha de moverse y preparar con todo detalle los elementos que puede utilizar en... la pelea. Eso es lo que voy a hacer yo.

—¿Tienes algún plan para entrar en la casa?

—En efecto, lo tengo, pero necesito ciertos elementos que no me podrán tener listos para hoy —Shawk se volvió hacia su acompañante—. Por lo que he podido deducir, tú también quieres entrar en la residencia de Roffur.

—¡Por supuesto! —contestó Elyssa —vivamente—. ¿Cuándo vamos, Jori?

Shawk hizo un gesto con las dos manos.

—Calma, doctora, calma. Hemos de prepararlo todo bien, de modo que no se produzca ningún fallo. Si te parece, podríamos regresar a tu casa. Es posible que ya no volvamos a vernos en el día de hoy, de modo que no te alarmes; en todo caso, te llamaría mañana para concretar un nuevo encuentro.

—De acuerdo, Jori —suspiró ella—. He de confesar que soy una novata en esta clase de asuntos. Por tanto, no me queda otro remedio que seguirte en todo lo que tú digas.

—La humildad es siempre una virtud muy elogiable —rio él—. Eso te enaltece aún más a mis ojos, doctora.

—Eh, yo creí que te habías enamorado de Amhina... Ya sabes, el flechazo y todo esto...

—Aunque fuese cierto, ¿iba a dejar por ello de apreciarte y de reconocer tus virtudes?

Elyssa se echó a reír, descargada en buena parte la tensión a que había estado sometida hasta entonces.

—Jori, ¿qué les das a las mujeres? Cuando estábamos en la Universidad, se decía que un solo pestañeo tuyo bastaba para que cayeran rendidas en tus brazos...

—Eso no te sucedió a ti, ¿verdad?

—¿Lo intentaste en alguna ocasión?

—¿Quién se atrevería a intentar la conquista de la bella hija del

reputado financiero Ordkill R. Prodnn, una hermosa muchacha, cargada de millones y, además, la mejor estudiante de la clase?

—¿Me considerabas algo inalcanzable, Jori? —preguntó ella, curiosa.

—Aunque estudiábamos juntos, te consideraba tan lejana como una muchacha de tu edad que viviera en los antípodas. Lo entiendes, creo.

—Sí —convino Elyssa con un hondo suspiro—. Pero los tiempos han cambiado, Jori.

—Es cierto —admitió él sombríamente—, los tiempos han cambiado y no precisamente para mejorar. Volvamos a casa; tengo mucho que hacer —concluyó Shawk.

* * *

Estaba preparando algunas cosas que estimaba necesarias, ya al atardecer, del día siguiente, cuando, de pronto, percibió la señal de llamada del televisor.

Pulsó la tecla de contacto y la pantalla se iluminó.

—Ah, señor Freidin —exclamó—. ¿Puedo serle útil en algo?

—Señor Shawk, tenemos pendiente un asunto —dijo el otro—. Lo recuerda, supongo.

El joven reflexionó rápidamente.

—Desde luego —respondió—. Lo tengo todo ultimado...

—Y yo también tengo preparado... el importe de la compra.

—Estupendo, aunque la operación habría de realizarse en otro lugar. Le daré la dirección, si tiene la bondad de anotarla.

—¿Hay inconvenientes? —preguntó Freidin, alarmado.

Shawk se echó a reír.

—Ninguno, en absoluto —contestó—. Lo que sucede es que he cambiado mi residencia. Tome nota, por favor... y le espero mañana, a las once. ¿De acuerdo?

Freidin se despidió a los pocos momentos. Shawk se dispuso a salir, pero entonces, a través de la ventana, vio un vehículo que le pareció sospechoso parado frente a su casa.

Torció el gesto. Era un vehículo que lo mismo podía moverse en tierra sobre ruedas que volar por los aires. Nunca había estado allí y

los dos sujetos que se veían en su interior, vestidos con ropas corrientes, le hicieron sentirse muy aprensivo.

«El presidente me ha ordenado que olvide este asunto, pero hay alguien que no se fía de mí. ¿Ersylt?», pensó.

Tras algunas reflexiones, se decidió a actuar. Cargó algunas cosas en una bolsa de lona, que luego colgó del hombro, y salió de la casa.

No tenía aeromóvil propio, de modo que solía realizar sus desplazamientos en vehículos de alquilar, que abundaban. Pero ahora estaba seguro de que los tipos que tenía ante la puerta de su casa iban a seguirle dondequiera que fuese.

—Y eso no me conviene en absoluto, claro —murmuró entre dientes, mientras caminaba con paso tranquilo hacia la salida.

Llegó a la calle y se dispuso a pasar por la trasera del aeromóvil. Sus dos ocupantes permanecieron quietos, en apariencia ajenos a lo que hacía.

De pronto, Shawk se agachó con enorme rapidez y colocó algo en la zaga del vehículo. Era una cajita, provista de una ventosa, que quedó adherida a la parte inferior del aparato. Presionó un botón y luego, irguiéndose, volvió a la acera y reanudó la marcha, pasando ahora por el costado izquierdo del aeromóvil.

Caminó durante unos metros. Detrás de él, el piloto puso el vehículo en marcha.

Repentinamente, el aeromóvil salió disparado a las alturas. Volaba errático, describiendo eses irregulares a una velocidad enorme.

Las curvas que trazaba el aparato en el aire eran tan pronto ascendentes como descendentes o en sentido lateral. Cortas en ocasiones, muy ceñidas, otras veces eran de un gran radio, pero siempre alejándose del lugar de partida.

Shawk lo perdió de vista en pocos segundos.

—Buen viaje, estúpidos. ¡Y mejor aterrizaje! —deseó a sus ocupantes.

En el aparato, el piloto trataba inútilmente de recobrar el control.

—¡Es imposible! —gritó—. No sé qué le pasa a este endemoniado cacharro; los mandos no obedecen...

El aeromóvil volaba ahora a una velocidad de varios cientos de kilómetros a la hora. En pocos minutos, se alejó a más de cincuenta

kilómetros de la ciudad.

De repente, empezó a perder altura.

—¡Nos vamos a estrellar! —chilló el otro pasajero.

El piloto se esforzó por dominar el vehículo, sin conseguirlo. La tierra se acercó con espantosa rapidez.

De pronto, el aeromóvil perdió velocidad. Momentos después, se posaba en el suelo. Los dos ocupantes se apearon en el acto, como si tratasen de huir de una cosa viva.

—No entiendo qué diablos ha ocurrido aquí —dijo uno de ellos.

El piloto, sargento Vardo, contempló el vehículo con ojos ceñudos.

—Eso ha sido cosa del maldito Shawk...

De repente, algo se encendió con un resplandor rojizo en la zaga del aparato.

La luz aumentó de intensidad rápidamente. Segundos después, se había transformado en una enorme llamarada que, en pocos momentos, envolvió por completo el aeromóvil.

Vardo y su acompañante echaron a correr, temerosos de una explosión, que, sin embargo, no se produjo. Pero un cuarto de hora después, pudieron comprobar que el aeromóvil no era sino un inútil montón de chatarra calcinada.

El otro policía paseó la vista por el lugar en que se hallaban, una zona absolutamente desértica y sin la menor señal de vida humana en los alrededores.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —exclamó, casi llorando.

Vardo no dijo nada. Tenía los labios fuertemente apretados y los puños hincados en el costado. Pensaba en el hombre que había sabido burlarles tan hábilmente y se juró tomarse el desquite en el momento que le fuera posible.

Pero luego pensó también en el capitán Ersylt y se estremeció.

A Ersylt no le iba a gustar lo que había ocurrido, se dijo.

CAPÍTULO V

—Iremos por la noche —dijo Shawk a la mañana siguiente—. Antes no sería conveniente, Elyssa.

—¿Piensas que por la noche la vigilancia se habrá relajado? —preguntó la doctora.

—En absoluto. Pero nosotros haremos que se relaje. Elyssa.

—¿De qué forma? —quiso saber ella.

Sentíase muy intrigada. Había visto llegar a Shawk cargado con una serie de bultos, cuyo contenido desconocía. Le devoraba la curiosidad, pero, por otra parte, sabía mantener la discreción, segura de que el joven acabaría por explicárselo todo.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento. Instantes después, asomó la doncella.

—Señor Shawk, el señor Freidin —anunció.

—Oh, sí, estaba aguardándole... —Shawk se volvió hacia Elyssa—. ¿Puedo utilizar tu despacho? —consultó.

—El despacho de mi padre —puntualizó la joven, sonriendo.

—Bueno, ahora no está...

—Se retiró de los negocios y está dando la vuelta al mundo con mamá.

—Hombre afortunado —rio él—. Bien, con tu permiso...

Freidin fue conducido poco después a un lujoso despacho, cuya decoración le hizo sentirse abrumado.

—Vive usted bien, señor Shawk —elogió.

—No puedo quejarme —contestó el joven.

—Pero nuestros contactos fueron hechos en la otra casa...

—El dueño de esta no la desalojó hasta anoche. Los negocios no le habían ido bien, ¿comprende?

—Y ha dejado hasta la servidumbre.

—No iba a despedir a unas pobres gentes solo porque su patrón se hubiera arruinado. Bien, ¿damos comienzo al asunto?

Freidin puso sobre la mesa una cartera larga y estrecha.

—Cuente, por favor.

Shawk abrió la cartera y contempló unos instantes el fajo de

billetes que había en su interior. Luego, con aire solemne, sacó una carpeta de cuero lujosamente repujado y la puso en manos del individuo.

—Los documentos de propiedad... pero ¿me permite un consejo, señor Freidin?

—Escucharle no me costará nada —rio el visitante—. Adelante, amigo Jori.

—Vaya por la noche, mejor después de las doce. La circulación a esas horas es prácticamente nula. De este modo, no habrá inconvenientes para el trabajo de despedazamiento y transporte.

—Entiendo. Sí, es un buen consejo. Gracias por su amabilidad.

—Ha sido un placer, señor Freidin.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Freidin se marchó. Elyssa entró a poco y encontró al joven, contemplando un grueso fajo de billetes de bordes dorados.

—¡Cielos! —exclamó la joven—. ¿De dónde has sacado semejante fortuna, Jori?

—Ya te dije que soy timador. He vendido el monumento al año dos mil, por cinco millones. Aquí, como puedes contemplar, tengo cincuenta billetes de cien mil.

—¡Fantástico! —calificó ella—. Pero eso es una estafa... El monumento no es tuyo; no puedes venderlo...

—El comprador si cree que me pertenecía —rio él.

—La cabeza me da vueltas... ¿Qué va a hacer el comprador con ese montón de metal?

—Pues... llevárselo por la noche... si la policía le deja, claro.

—Se descubrirá la estafa. Te detendrán —dijo Elyssa, aterrada.

—Nada de eso. Freidin no me denunciará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro...?

—Elyssa, a nadie le gusta pasar por tonto. Freidin no admitirá jamás que ha pagado cinco millones por un monumento que, recubierto de acero inoxidable, es de oro macizo en su interior. La ciudad entera estallaría en una carcajada, si se conociera la historia. ¿Quién vendería varios cientos de toneladas de oro solo por cinco millones?

Elyssa meneó la cabeza.

—De todos modos, es ilegal...

—Tal vez, pero ¿no es algo ilegal también lo que Freidin quiere hacer? Pagar cinco millones solamente por algo que vale cientos de veces más, es un robo, lo llames como lo llames.

—Puede reclamarte el dinero...

—Será ya tarde. Estará ingresado en una cuenta secreta. Vamos, no te preocupes por mí. Freidin es un avaro y no se puede decir que haya conseguido su fortuna por métodos muy honestos que digamos. Me gusta desplumar a los avaros, ¿comprendes?

Ella hizo un gesto de resignación.

—Supongo que no puedo convencerte de que vuelvas al camino honrado —dijo—. Pero te necesito, Jori. ¿Puedes terminar de explicarme tu plan?

—Con mucho gusto —accedió él—. ¿Tienes ropas de color oscuro, incluyendo pantalones?

* * *

Pesadamente cargado con un fardo que abultaba casi tanto como él mismo, Shawk caminó en la oscuridad, seguido por Elyssa, quien también portaba una mochila, aunque mucho menos pesada que la del joven. De cuando en cuando, Shawk se detenía para hacer observaciones hasta que, al fin, creyó haber llegado al punto adecuado.

—Aquí —dijo, a la vez que se descargaba del fardo.

—¿Es el lugar apropiado, Jori?

Shawk señaló la residencia del profesor, situada a unos mil metros de distancia.

—No hay otro mejor —contestó.

Uno de los objetos que contenía la mochila era un cilindro metálico de casi un metro de largo por medio de ancho.

Shawk lo dejó en el suelo y montó una especie de soporte que lo mantenía inclinado en ángulo de 45 grados.

El cilindro tenía en la parte superior una válvula y un manómetro. Shawk disponía de una linterna con cristal de color azul, que evitaba así un resplandor delator.

Al terminar, abrió una bolsita de tela y sacó una máscara semejante a las usadas por los cirujanos en los quirófanos, pero

gruesa casi de dos centímetros, que sujetó al rostro de la joven.

—Anula los efectos —explicó—. El gas es tremendamente activo. Basta un milímetro en un metro cúbico de aire, para que una persona pueda dormir durante varias horas seguidas, aunque, eso sí, no deja luego secuelas perniciosas. Con el gas contenido en este cilindro, hay suficiente para «infectar» una zona de varios kilómetros cuadrados.

—El viento sopla en aquella dirección...

—Pero no es muy fuerte y pueden producirse remolinos que envíen rastros de gas en dirección opuesta. Las máscaras nos evitarán sufrir sus efectos narcóticos.

—Muy bien. ¿Cuándo, Jori?

Shawk abrió la espita.

—¡Ahora mismo!

Un chorro de gas blanquecino brotó inmediatamente de la válvula, para disiparse en la atmósfera a pocos metros del cilindro. Con la ayuda de la lámpara, Shawk observó atentamente el manómetro de presión de que iba provisto el recipiente y que le indicaría el momento en que quedase vacío por completo.

La descarga duró aproximadamente quince minutos. Luego Shawk dijo que deberían esperar alrededor de una hora.

—El gas es relativamente lento en sus efectos y su mayor intensidad narcótica se produce entre los treinta y sesenta minutos. Los ocupantes de la casa, prisioneros y vigilantes, se dormirán sin darse cuenta. Un centinela que ve le invade el sueño bruscamente, puede sentirse alarmado y dar la alerta antes de perder el conocimiento. Pero si empieza a dar cabezadas y se despierta y vuelve a adormilarse y luego, por fin, se duerme, pero poco a poco, no sospechará nada y se quedará quieto en su sitio.

—Una fórmula realmente admirable —elogió ella—. Supongo que no debo preguntarte dónde lo has conseguido, ¿verdad?

Shawk sonrió.

—Tengo amigos —respondió, evasivo.

—Bien, pero, a pesar de todo, quedan seis metros de tapia y una alambrada electrificada. Me entiendes, ¿no?

—Todo está previsto, no te preocupes.

Una hora más tarde, Shawk echó a andar hacia la casa, ahora

cargado con una mochila que había llevado Elyssa hasta aquel momento. Al llegar al pie de la tapia, la abrió y sacó un objeto que parecía una taladradora mecánica, conectada por un cable a una pequeña batería.

—¿Vas a abrir un agujero con una simple broca? —se extrañó la doctora.

Shawk volvió a sonreír.

—En cierto modo, tenías razón al decir que habías vivido en una torre de marfil —contestó—. Puede que seas una autoridad en tu terreno científico, pero en otros aspectos, y perdona la crítica, eres de una ingenuidad que tira de espaldas.

—Sí —admitió ella con humildad los reproches que le hacía su acompañante—. Creo que me conviene trabajar un poco menos y vivir más.

—Es un sano cambio de opinión —rio él.

Presionó un botón y una lámpara se encendió en la parte superior de la perforadora. Luego, Shawk apretó el gatillo y encaró la máquina hacia la tapia.

Enormemente asombrada, Elyssa vio que la mampostería empezaba a humear, convirtiéndose en vapor. Unos minutos más tarde, se había abierto en la tapia un orificio circular de más de un metro de diámetro.

—Es una disgregadora molecular —explicó él.

—Increíble —dijo Elyssa—. No tenía la menor idea de que existiesen estas máquinas...

—Llámalas armas, mejor. En realidad, son máquinas, que pueden utilizarse y de hecho se utilizan en ocasiones, como armas.

—Para combatir, ¿qué, Jori?

—Para combatir a los curiosos que no están de acuerdo con lo que deciden los amigos del capitán Ersylt —contestó Shawk, ceñudo.

De repente, se oyó un fuerte aleteo.

Un pájaro llegó volando y se enredó en el alambre que había sobre el borde de la tapia. Aleteó con fuerza durante unos segundos y, al fin, tras haber conseguido liberarse, reemprendió el vuelo.

—Esto no me gusta —dijo el joven.

—¿Por qué, Jori?

—El pájaro... Era un búho, llegó volando, chocó contra el alambre y quedó aprisionado unos momentos. Al forcejear para liberarse, tocó la tapia varias veces con la punta de las alas. Debería haber muerto electrocutado, pero no ha sido así.

—¡Han cortado la corriente! —exclamó ella, al comprender el sentido de aquellas frases.

—Exactamente —confirmó Shawk—. Y si han cortado la corriente... es porque no se necesita, lo cual indica que, también, la vigilancia es innecesaria.

—Seguramente pensaron que no se corría peligro de un asalto...

Shawk hizo un gesto negativo.

—Elyssa, cuando alguien dice que no es necesario vigilar una casa, es que sus ocupantes se han marchado a otra parte. Todos, prisioneros y vigilantes —añadió enfáticamente.

Elyssa dio un paso hacia adelante.

—Bien, entonces, entremos a comprobarlo —propuso.

Atravesaron el hueco y recorrieron el parque, hasta llegar a la casa, en la que no se divisaba ninguna luz encendida. Las sospechas del joven empezaron a confirmarse, cuando vieron que no había ningún vigilante dormido en ninguna parte.

Para entrar, Shawk rompió el cristal de una de las ventanas. Momentos después, encendía la luz de una habitación.

Y un cuarto de hora más tarde, comprobaba amargamente la total ausencia de habitantes en la casa.

—Se los han llevado —exclamó, decepcionado.

—¿Adónde, Jori? —preguntó ella.

—¿Cómo diablos puedo saberlo? —respondió Shawk malhumoradamente—. Nuestro intento de visitar al profesor Roffur les puso sobre aviso y decidieron trasladarlo a otra parte, a un lugar del cual, en estos momentos, no tenemos la menor idea.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, Elyssa pareció recordar algo en lo que no habían caído hasta entonces.

—Jori, Khadd y Amhina dijeron venir del futuro, del siglo XXXVII, ¿no es así?

—Cierto, aunque no tenemos forma de comprobarlo...

—Pero lo damos por sentado. Ahora bien, no se viaja a través del tiempo, tanto adelante como atrás, sin un vehículo apropiado, esto

es, un cronomóvil.

—¿Adónde quieres ir a parar, Elyssa?

—Jori —dijo ella, mirándole fijamente—, ¿dónde está el cronomóvil de tus amigos?

Shawk tenía la boca abierta. Al cabo de unos segundos, exclamó, a la vez que se daba una palmada en la frente:

—Es cierto. Ese chisme tiene que estar en alguna parte, aunque a mí no se me ocurre dónde.

—Si pudiéramos hablar con ellos, ¿nos lo dirían?

El joven se calló de nuevo. Elyssa le vio sumamente pensativo, pero, de repente, Shawk saltó hacia el teclado del televisor que servía también para las comunicaciones ordinarias.

—¡Aguarda un momento! —gritó—. Quizá, si tenemos suerte...

Pulsó una tecla, que no era sino la que ponía en marcha la grabación de los últimos mensajes recibidos. Oyeron unas cuantas frases y, al fin, una de significado inconfundible:

—Hay riesgos. Preparen todo para traslado inmediato a Fox House. Repito: todo y todos, personal de servicio, vigilantes y los huéspedes del profesor, incluido este mismo.

El rostro que aparecía en la pantalla era el del capitán Ersylt.

CAPÍTULO VI

Shawk correspondió con un saludo a la doncella que había acudido a abrirle la puerta y luego cruzó el vestíbulo presurosamente, en dirección a la sala donde le aguardaba Elyssa.

La joven tenía un libro entre las manos. Al verle, se levantó, mirándole inquisitivamente.

—Nada —dijo él.

—Nada —repitió Elyssa, profundamente decepcionada.

Shawk se acercó a una consola, destapó un frasco de cristal tallado y se sirvió una copa.

—He estado pateando las calles durante tres días, sin dedicar al descanso más que unas pocas horas —declaró, entre sorbo y sorbo —. Conozco a muchos tipos y he tratado de estimular sus recuerdos con billetes en abundancia, pero no ha servido absolutamente de nada. Nadie tiene la menor idea del lugar en que puede hallarse Fox House.

—Entonces... ¿Hemos perdido el tiempo?

Shawk apuró la copa.

—La verdad, no sé qué hacer... Es preciso admitir que han sido más listos que nosotros...

—¿Crees que son muchos en esta especie de conspiración?

—Ersylt es un simple oficial de Policía, aunque, me imagino, con relaciones de muy alto nivel. Pero, de todos modos, no actuaría por sí solo, sino en representación de alguien situado en un puesto muy elevado.

—Cuya identidad nos resulta completamente desconocida.

—Por desgracia —admitió él—. Y mientras no consigamos averiguar dónde está Fox House... Imagino que debe de ser un nombre clave, para citar el del lugar donde los han llevado, pero eso es todo lo que me siento capaz de hacer por el momento.

Shawk lanzó un suspiro y trató de sonreír.

—No hay otra solución: volveré a patear las calles —agregó.

—Conoces a mucha gente —dijo Elyssa.

—Sí.

—Sospecho que, sin tratar de ofenderles, no deben de ser personas que respeten demasiado la ley, ¿no es cierto?

—Mi profesión de timador exige conocimientos de muy variada índole —sonrió Shawk.

—Jori, tú parecías ser un chico prometedor. ¿Cómo te dio por el timo y la estafa?

Shawk se había servido la segunda copa y la contempló al trasluz.

—Un condiscípulo, ya recién graduados, me jugó una mala pasada, para conseguir un suculento empleo, al que aspirábamos los dos. En resumen: me hizo aparecer como el amante de la esposa de uno de los más conspicuos accionistas, siendo así que el amante era él. Pero este truco no le había dado resultado y por eso me denunció, con lo que sí consiguió el puesto.

—Interesante —comentó Elyssa—. ¿Cómo te vengaste? Porque hubo venganza, ¿no es así?

—El tipo era, en otros aspectos, bastante crédulo y yo simulé no guardarle rencor y conseguí ganarme su confianza. Entonces, ayudado por un par de amigos que colaboran conmigo en ocasiones, le vendí una partida de material supuestamente conseguido en un contrabando, a un precio mucho más bajo que el de mercado. Cuando abrió la primera caja, se encontró con que solo contenía tierra.

—¿Y no te denunció?

Shawk se echó a reír.

—Ya te dije en cierta ocasión que la víctima de un timo, raramente pasa por la vergüenza de denunciar la pérdida, porque aparecería como un tonto. El tipo en cuestión no pensaba tanto en ahorrar unos millones a la empresa, como en embolsárselos él, anotando la compra al precio normal. Por tanto, se dio cuenta de lo caro que podía costarle el destapar el asunto y se calló y aguantó la pérdida lo mejor que pudo.

—Y ahí empezaste tu carrera de timador...

—Se gana el dinero fácilmente, Elyssa.

—Robándolo a los otros, Jori —le reprochó la doctora.

—Nunca he timado a nadie que tuviese la conciencia limpia. Mi condiscípulo quería timar a su propia empresa. ¿No era ya un ladrón en potencia? De Freidin podría contarte cosas que te podrían los

pelos de punta... Pero creo que no vale la pena seguir hablando más del asunto.

—Sí, al menos, en una cosa. ¿Qué ha sido de Freidin?

—Lo detuvieron cuando se disponía a llevarse el monumento. Creo que ahora está sometido a observación psiquiátrica.

Elyssa lanzó una alegre carcajada.

—Tendré que aceptar tu palabra de que se lo tiene bien merecido. Dime, Jori. ¿qué piensas hacer ahora?

Shawk la contempló durante unos segundos con ojos críticos.

—Parece increíble, pero en pleno siglo XXII todavía siguen existiendo lo que antiguamente solían llamarse «bajos fondos». ¿Te gustaría conocer ese ambiente?

—Tengo un miedo espantoso, pero creo que resultará muy interesante, en efecto —accedió Elyssa.

—Entonces, suéltate el pelo y viste ropas discretas, con una blusa de mucho escote, sin embargo. Y no te despegues de mí por ningún concepto, ¿entendido?

Elyssa se llevó la mano a la sien.

—Sí, señor —contestó alegremente.

* * *

—Este whisky es infame —dijo Elyssa una hora más tarde, en voz baja.

—Pero lo cobran como si fuese del bueno. De todos modos, no hagas demasiados ascos. Disimula —recomendó Shawk.

—¿Dan medallas por esta clase de actos heroicos? —preguntó ella socarronamente.

Shawk no pudo contestarle. Un tipo, con un párpado caído, se acercó a la barra por el lado de Elyssa.

—Vaya «mula» que te has buscado, Jori —comentó.

—Cocea un poco a veces, pero es muy resistente —contestó el joven, siguiendo la corriente al recién llegado—. Elyssa, ¿conoces a Miff Burning, alias el «Ojo-Que-Nunca-Descansa»?

—¿Qué tal, Miff? —saludó ella.

—Hola, guapa. Jori, esta chica tiene lo que toda dama debe tener —contestó Burning, a la vez que hacía un gesto inequívoco con

ambas manos, para señalar el escote de Elyssa.

—Psé, no está mal... Miff, quiero preguntarte una cosa. Si conoces la respuesta, puedes ganarte un par de miles.

—No estaría mal, Jori. ¿De qué se trata?

—¿Has oído hablar alguna vez de un lugar llamado Fox House?

Burning pareció meditar unos segundos. Luego meneó la cabeza.

—Lo siento, no me suena en absoluto. La verdad, me sabe mal perderme ese par de miles...

Shawk arrojó unos billetes sobre el mostrador.

—De todos modos, cómprate un par de botellas. ¿Vamos, nena?

Salieron a la calle. Elyssa se sentía todavía estremecida al recordar el ambiente del local en que habían estado hasta entonces.

—¡Qué antro, Señor! —se horrorizó.

—Los hay peores —dijo él tranquilamente.

Caminaron un par de manzanas. De pronto, al pasar por una zona relativamente poco concurrida, un hombre saltó sobre la joven y, sujetándola con una mano por la cintura, apoyó un cuchillo en su cuello.

—La pasta —exigió—. Tú, petimetre, suelta todo el dinero que lleves encima o la rebano el pescuezo.

Shawk se sintió desconcertado un instante. Ella le miró con ojos suplicantes.

—Por favor, Jori...

—Claro, amigo —contestó el joven—. Te daré todo el dinero... pero suéltala, ¿quieres?

—Primero la pasta —exigió el asaltante.

De repente, lanzó un agudo chillido, pero de tono muy bajo. Luego se convulsionó horriblemente.

El cuchillo cayó de su mano. Shawk agarró a Elyssa por un brazo y tiró de ella. Entonces, contemplaron un espectáculo horripilante.

El atracador se desmoronaba, se deshacía; parecía una figura de azúcar que se disolviese en agua, a la vez que desprendía tenues vapores que se esfumaban en la atmósfera. Treinta segundos más tarde, ya no quedaba de él sino un repugnante charco de líquido, que corrió por la acera hasta desaparecer en el imbornal de una alcantarilla cercana.

Ni Shawk ni la joven comprendieron lo ocurrido, hasta que vieron

aparecer a un hombre de uniforme, con algo semejante a una pistola en la mano derecha.

—He llegado a tiempo, creo —dijo Vardo.

—¿Debemos darle las gracias a uno de los hombres más conspicuos del capitán Ersylt? —preguntó Shawk.

—Ya no pertenezco a la PST. Tampoco soy sargento, sino policía raso. Me degradaron a causa de la mala pasada que nos jugó usted a mí y a mi compañero.

—Lo siento, sargento. Compréndalo, tenía que deshacerme de ustedes.

—Claro —dijo Vardo sarcásticamente—. ¿Qué diabólico artilugio empleó para hacernos perder el control del aeromóvil?

Shawk sonrió.

—Un interferidor. Desorganiza por completo los controles de un aeromóvil. Dura relativamente poco, pero el aparato queda estropeado y acaba por aterrizar. Luego, un mecanismo de ignición destruye el interferidor.

En los ojos del policía había resentimiento.

—He oído algunas cosas de usted, Shawk —dijo—. Ahora no puedo hacerle nada, pero ándese con ojo. A la menor que me haga, le enviaré a la cárcel para una buena temporada.

—Lo tendré en cuenta, sargento. Sin embargo, nos ha salvado de un apuro y le damos las gracias.

Vardo escupió a un lado.

—Detesto a los tipos como el que intentó robarles —explicó con dureza—. Vamos, desalojen este barrio cuanto antes.

—Está bien, buenas noches, sargento.

El aeromóvil de Elyssa estaba en un lugar algo apartado y fueron a buscarlo. Cuando ya se disponía a subir, Shawk se dio una palmada en la frente.

—¡Elyssa, ya lo tengo! —exclamó.

—¿Qué es lo que tienes, Jori? —preguntó ella, muy interesada.

—El hombre que nos va a decir el lugar dónde está Fox House. El exsargento Vardo, encanto.

—Ese hombre es un policía. No hablará...

Shawk sonrió enigmáticamente.

—Yo poseo un método infalible para desatar ciertas lenguas —

contestó—. Aparte de que me ha parecido despechado por su actual situación y querré desquitarse de algún modo —añadió.

* * *

Thalgus Vardo, exsargento de policía y ahora agente raso, abrió la puerta a la mañana siguiente y casi se cayó de espaldas al reconocer a su visitante.

—Todavía tiene la desfachatez de venir a verme en mi propia casa —se indignó.

Shawk le dedicó una amable sonrisa.

—¿Podría hablar unos minutos con usted, Vardo? Dejemos a un lado los asuntos personales; comportémonos como personas civilizadas. Usted tenía la misión de seguirme y mi obligación era evitarlo. Si lo mira desde ese punto de vista, se sentirá mejor, ¿no le parece?

—Lo dudo mucho. Me dan ganas de sacudirle un buen puñetazo...

—Si cree que eso le va a desahogar, adelante, no se prive —invitó el joven—. Pégueme pero escuche después, ¿eh?

—Está bien —rezongó Vardo—. Entre. Me siento tan generoso, que hasta voy a invitarle a café.

—Eso nos servirá para entrar en materia sin roces ni fricciones —dijo Shawk de buen humor.

Vardo residía en un pequeño apartamento y le llevó a la cocina. Cuando hubo llenado dos tazas, Shawk sacó algo de su bolsillo.

—Son billetes de cien mil unidades de moneda terrestre —dijo—. Aunque supongo que no lo ignora, esta clase de billetes, precisamente por su mismo elevado valor, no son investigados jamás. Usted podría llevar un saco lleno al banco y no le harían la menor pregunta, ¿comprende?

Vardo entornó los ojos.

—No soy tonto, amigo. ¿Por qué quiere sobornarme?

Impasible, Shawk arrojó unos billetes sobre la mesa.

—Quiero información —dijo.

—¿Qué clase de información?

—Usted ha pertenecido a la PST. Es un cuerpo con muchos

privilegios, pero detestado por la inmensa mayoría de los ciudadanos. Usted lo sabe mejor que nadie, supongo.

—Sí, es cierto.

—Y aunque Ersylt lo degradó y lo envió de nuevo a patrullar las calles, no lo siente demasiado.

—Es verdad. Hay momentos en que me noto mucho más aliviado... pero eso no obsta para que acepte el soborno, señor Shawk.

—Hablemos claro, Vardo... ¿Cuál es su nombre, por favor?

—Thalgus. No me gusta. Prefiero que me llamen Tally.

Shawk sonrió ante la muestra de ingenuidad del policía.

—Bien, Tally. No puedo entrar en detalles, pero sí le diré que Ersylt, y algunos más, están en el centro de una conspiración de altos vuelos, algo que no va a resultar beneficioso para nadie, y menos para el propio gobierno, si esto sale a relucir... que acabará siendo público, se lo garantizo. O si no, ¿por qué tanta vigilancia en torno a la residencia del profesor Roffur?

—Eso es muy cierto y no lo entiendo, pero mi deber consiste en no hacer preguntas...

—No las haga. Dígame solo una cosa, a cambio de estos cinco billetitos de cien mil. Puede poner el capital en una renta de, al menos, el doce por ciento. Recibirá cinco mil mensualidades, más o menos, el doble de su sueldo actual. Y, repito, nadie meterá la nariz inconvenientemente, para saber la forma en que ha recibido usted ese dinero.

Vardo se echó a reír.

—Lo heredé de mi abuelita —exclamó—. Jori, ¿cuál es la pregunta?

—¿Ha oído hablar alguna vez de Fox House?

Sobrevino un momento de silencio. Luego, el policía contestó:

—He estado allí como vigilante un par de temporadas.

—Muy bien, solo quiero saber eso, Tally.

—El nombre verdadero de Fox House es Grand Black Ridge Mansión y está al pie del tercer cerro, empezando a contar desde el oeste. ¿Conoce usted esa cadena de montañas?

—Sí, desde luego.

Shawk empujó los billetes hacia su interlocutor. Vardo volvió a

sonreír.

—Espere un momento. Por ese dinero, lo menos que se merece usted es un buen croquis de Fox House. Como dije, he estado allí y conozco el lugar a fondo.

Vardo buscó papel y lápiz, se sentó a la mesa y empezó inmediatamente a trabajar.

CAPÍTULO VII

Desde una distancia prudencial y con la ayuda de prismáticos, contemplaron la residencia denominada en clave Fox House, situada al pie de una cadena montañosa de cerros de variadas alturas, todos los cuales tenían la común característica, aparte de su composición rocosa: las escarpadas laderas que, en muchos casos, eran de trazado completamente vertical.

La altura de la cordillera no era excesiva, apenas quinientos o seiscientos metros sobre el nivel de los terrenos de la base, pero constituían un formidable obstáculo natural para los vientos del norte, un gigantesco biombo que protegía las edificaciones situadas en las inmediaciones.

Estas no abundaban, sin embargo, y estaban bastante separadas las unas de las otras.

—Hace muchos años, un avispado sujeto compró estos terrenos y más tarde los vendió, con una ganancia muy elevada —relató Shawk —. Lo cual explica que, debido a la misma carestía de los precios, las edificaciones particulares sean relativamente escasas.

—A mí no me gustaría vivir aquí, ni siquiera los fines de semana —declaró Elyssa—. El panorama me parece demasiado triste, un tanto lúgubre. Hay pocos árboles, el suelo es muy árido... y esos cerros parecen la muralla del patio de un penal.

—Todo va en cuestión de gustos —respondió él—. Bien, ¿qué te parece Fox House?

—No se ve mucho movimiento en los alrededores de la casa, Jori.

—Resulta lógico. Los otros vecinos podrían notar cosas raras y no les conviene.

—Tampoco veo una tapia como la de la otra casa...

—No han tenido tiempo ni piensan que ya conocemos el escondite, ni siquiera sospechan que tenemos un plano del edificio.

—Vardo no resultó difícil de convencer, según veo.

—Fueron dos elementos que actuaron a nuestro favor: en el fondo, se sentía despechado por su degradación, pese a que dijera que la PST no le había gustado nunca. Puede que sea cierto, pero era

sargento y ahora es policía raso.

—¿Y el otro motivo, Jori?

—Cinco billetes de cien mil, ya lo sabes.

—Bien, vayamos ahora a lo nuestro. ¿Qué plan tienes para entrar en la casa y rescatar al profesor y a tus dos amigos?

—Podríamos disfrazarnos de vendedores de cepillos para los dientes o de chupetes para bebés... ¿Qué te parecería si recurriésemos al procedimiento que ya empleamos una vez?

—Veo una valla en torno a la residencia. Parece una verja y está cubierta por un seto muy espeso. La altura es de unos dos metros...

—Hay sopletes portátiles.

—¿Las alarmas?

—Si están dormidos, poco importarán, ¿no te parece?

—Entonces, gas, soplete para los hierros y... ¿qué más, Jori?

—Un aeromóvil a prudente distancia, para llevarnos a los tres prisioneros. Es decir, una vez localizados, yo regresaré para traer el aparato y aterrizar en el interior del jardín.

—Muy bien. Última pregunta: ¿Cuándo?

Jori suspiró.

—Encontré el cilindro de gas ya preparado, pero ahora costará más tiempo, puesto que es preciso realizar la composición desde el principio. Antes de tres días, de ninguna manera, Elyssa. Lo cual puede servirte de mucho para que vuelvas a tus investigaciones.

—Las he suspendido por el momento —respondió la joven—. ¿Tienes que fabricar tú mismo el gas o te lo dan ya listo para su uso?

—Listo para su uso, claro. ¿Por qué lo preguntas?

Ella le hizo un guiño malicioso.

—¿Qué tal es la vida nocturna de la capital? —preguntó.

* * *

Bostezando aparatosamente, Shawk, tres días más tarde, depositó el cilindro de gas en el suelo y se dispuso a abrir la espita.

—Estoy muerto de sueño —confesó.

—Creí que serías más resistente —se burló Elyssa.

—Tres noches... —se lamentó Shawk—. Tres noches bailando desde el ocaso al alba... sin parar un momento... ¿Eres de hierro,

doctora?

—¿Y tú, eres de barro? Vamos, Jori, yo siempre pensé que un poco de jarana te resultaría fácil de resistir...

—No has parado un solo momento... En tres días, has concentrado todas las diversiones que no te habías tomado en un montón de años... ¿Por qué no posponemos el asalto veinticuatro horas, para estar en mejor forma, después de un buen descanso?

Elyssa le tapó la cara con la máscara que filtraba el aire. Luego le pegó un golpe en la espalda.

—¡A trabajar! —ordenó.

El gas empezó a salir. Una hora más tarde, Shawk por medio de un pequeño soplete portátil, cuya llama alcanzaba varios miles de grados de temperatura, cortaba un par de hierros de la verja que rodeaba la mansión.

El disgregador molecular le había servido primeramente para abrir un boquete en el seto que cubría la verja. El paso quedó así libre, sin la menor dificultad.

Unos minutos más tarde, Shawk empezó a sentirse aprensivo.

La casa se alzaba a oscuras delante de ellos, sin que se advirtiese ninguna luz encendida. Había hecho un rápido recorrido del jardín, sin encontrar el cuerpo de un vigilante dormido.

—¿Se los habrán llevado a otro sitio? —dudó—. ¿Vamos a tener que pasarnos la vida persiguiéndolos continuamente de un lado a otro?

Elyssa le señaló la puerta de la casa.

—Abre —dijo.

Shawk tanteó el picaporte. La puerta estaba cerrada con llave.

—Usa el soplete —aconsejó la joven.

—No. La puerta es de madera y podría provocar un incendio. Mejor el disgregador...

El aparato hizo desaparecer por completo la puerta.

—Bueno, tenemos el paso libre...

Cruzó el umbral y buscó el interruptor de la luz. Segundos después, el amplio vestíbulo quedaba brillantemente iluminado.

—Una bonita casa —elogió Elyssa.

Había sido decorada con valiosas maderas, lo mismo en el suelo que en los techos. La barandilla de la escalera que conducía al piso

superior era de balaustres delicadamente trabajados y los muebles se advertían un gusto exquisito.

—Esto compensa la aridez del paisaje —dijo el joven.

—Y su soledad —refunfuñó él—. Hemos perdido el tiempo...

—Creo que se equivoca, amigo mío —sonó de pronto una voz conocida.

Shawk alzó la cabeza. En el corredor superior, junto a la balaustrada, estaba el capitán Ersylt, flanqueado por dos estólidos policías, estos armados con sendas pistolas disgregadoras.

Otros dos policías aparecieron a espaldas de los dos jóvenes.

—Están rodeados —añadió Ersylt—. No opongan resistencia, si no quieren padecer graves daños.

* * *

Ersylt descendió lentamente la escalera, mientras Shawk y Elyssa eran empujados al centro del vestíbulo por los policías que habían surgido tras ellos.

—Ahora nos matará, capitán —dijo Shawk, una vez recuperado de la sorpresa recibida.

—No es mi estilo, aunque, si resultase absolutamente necesario, lo haría —contestó Ersylt—. Señor Shawk, sin duda se estará preguntando cómo es posible que su plan haya fracasado y que estemos despiertos en vez de dormir como leños.

—Pues... quizá la casa está bien aislada del exterior...

Ersylt señaló una enorme chimenea situada al fondo.

—Suele usarse en el invierno y no está tapada. El gas habría podido penetrar por allí, pero cuando usted supo deshacerse tan bien del estúpido Vardo y de su no menos torpe compañero, pensé que tendría que emplear gente más capaz para seguirle y conocer el menor de sus movimientos. Por cierto, usted y la doctora han estado divirtiéndose de lo lindo durante estos tres días. No han parado ni un minuto, ¿verdad?

El policía se echó a reír.

—Los hombres que les seguían están muertos de cansancio —añadió.

—Procuramos pasarlo bien, eso es todo —dijo Shawk secamente.

—Deberán tomar esos días de fiesta como una especie de última cena de unos condenados a muerte. Ah, volviendo al tema... Esta vez, el gas era absolutamente inocuo. ¿Lo entienden ahora?

—Ese tipo me ha estafado —refunfuñó el joven.

—Nosotros le persuadimos para que colaborase con los defensores de la ley y el orden...

—¡Qué cinismo! —se escandalizó Elyssa.

—Al menos, oficialmente, doctora —agregó Ersylt, burlón.

—Capitán, estamos hablando de temas que no tienen demasiado interés —cortó Shawk, conteniendo su furia a duras penas—. ¿Dónde está el profesor Roffur? ¿Dónde están mis dos amigos, Olko y Amhina Zor-Hild?

—Sus dos amigos se encuentran en perfecto estado de salud, aunque convenientemente vigilados. Por muy altas razones de Estado.

—¿Y el profesor? —preguntó Elyssa.

—También se encuentra en excelentes condiciones físicas.

—Ustedes no tienen ningún derecho a secuestrar a la gente, capitán.

—Las razones de lo que usted llama «secuestro», doctora, son muy superiores a las de cualquier otra consideración ética. Sin embargo, no tengo necesidad de explicarlas... ni podría hacerlo, aunque quisiera.

Shawk se encaró con Ersylt.

—Capitán, ignoro los motivos que han producido esta serie de hechos, pero si puedo decirle una cosa: no creo en absoluto que todo se haga por orden del presidente.

—Recibió usted una orden escrita...

—La tinta se borró a las doce horas. Yo no podría presentar ahora ese mensaje como prueba.

—¡Naturalmente que no! Solo usted debía conocer su contenido... Es como si su excelencia le hubiera dado la orden verbalmente.

—A otro perro con ese hueso —dijo Shawk desdeñosamente—. Si el presidente conociera la verdad, usted iba a pasarlo muy mal, capitán.

—Señor Shawk, la llegada de dos viajeros que proceden del siglo XXXVII puede producir trastornos gravísimos en esta época. Por

tanto, nuestro deber es prevenir alteraciones y conflictos que, en el caso de las personas mencionadas, podrían alcanzar dimensiones mundiales.

Elyssa dio un paso hacia adelante.

—Bien, capitán; supongamos que aceptamos sus argumentos. ¿Nos permitirá, al menos, hablar con ellos?

—¡Imposible! —denegó Ersylt, tajante.

—¿Y con el profesor? —añadió Shawk.

—Al profesor lo verán dentro de unos instantes. Sin embargo, me temo que la conversación que van a sostener con él no será muy larga. Vengan conmigo, por favor.

Ersylt dio media vuelta y echó a andar hacia una puerta que daba a un largo corredor, al final del cual se encontraron en un recinto acristalado que había sido empleado inicialmente como invernadero.

Había un hombre de mediana edad, con abundantes cabellos grises en las sienes, aunque el resto del cráneo aparecía mondo, trabajando en un extraño vehículo de forma semejante a un huevo gigantesco, aunque plano por la base.

El color del aparato, que parecía de metal, era gris mate, si bien tenía un sector transparente, a través del cual se veían cuatro asientos en dos filas. Al entrar en aquel recinto, Ersylt se volvió hacia los dos jóvenes.

—Doctora, señor Shawk, el profesor Roffur —anunció.

CAPÍTULO VIII

Roffur estaba inclinado sobre lo que parecía el cuadro de mandos del extraño aparato y se incorporó al oír la voz de Ersylt.

—Ah, hola, Elyssa —dijo sonriendo—. Celebro verte... ¿Tu... amigo?

—Sí —contestó ella, con los labios muy prietos—. Doctor, ¿se da cuenta de que lo han secuestrado?

—¿Secuestrado? —se asombró Roffur—. ¿Quién te ha metido esas disparatadas ideas en la cabeza, muchacha?

—Oiga, doctor, andamos detrás de usted hace un montón de días —intervino el joven—. Hemos sufrido un montón de trastornos por su causa...

Roffur hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Bah, no había motivos. Estoy trabajando en lo que me gusta. Yo necesitaba aislamiento y el capitán se ha brindado a proporcionármelo, eso es todo.

—¿Y mis amigos, los que vinieron del siglo XXXVII? —preguntó Shawk casi a gritos.

—Son unos colaboradores magníficos. Gracias a ellos, he aprendido cosas de las que no tenía la menor idea, créame.

—Quiero verlos...

—Imposible. Ciertas razones impiden tengan comunicación con el exterior. Ellos lo han comprendido así desde el primer momento y aceptaron el aislamiento, solo relativo, claro, puesto que pueden comunicarse conmigo, con el capitán, con el personal de seguridad... En fin, no están tan mal como usted cree, ni mucho menos.

Shawk miró desconfiadamente al científico. ¿Era posible que un hombre de su valía se hubiera aliado con gente de la catadura de Ersylt?

De pronto, Roffur se volvió hacia el policía.

—¿Capitán?

—Diga, profesor.

—El... aparato está listo.

—Gracias, profesor —Ersylt hizo un cortés ademán con el brazo

izquierdo—: Doctora, señor Shawk, ocupen los asientos delanteros, por favor.

Shawk miró recelosamente al policía.

—¿Qué diablos pretende, capitán?

—Se lo explicaré en pocas palabras. La presencia de ustedes dos en esta época es indeseable por razones que no deben conocer. Por tanto, hemos decidido enviarlos al futuro, a una época en que no puedan ya causar ninguna molestia.

—Eso es un cronomóvil —adivinó Elyssa.

—Exactamente, doctora —confirmó Ersylt, con diabólica sonrisa—. Además, el profesor ha modificado sus controles de modo que funcione automáticamente, sin intervención de manos ajenas a las suyas. Cuando lleguen a la época que se les ha destinado, el generador del aparato dejará de funcionar para siempre, lo cual excluye absolutamente toda posibilidad de regreso.

—Una elegante manera de deshacerse de dos personas que le resultan incómodas —observó Shawk.

—La sangre me horroriza —dijo Ersylt con fingida repugnancia.

—Y nos envía, supongo, a un par de millones de años en el futuro, donde tal vez no exista ya la vida humana sobre la Tierra...

—O quizá a la época de los dinosaurios —apuntó Elyssa.

—Nada de eso —contradijo Ersylt—. Van a viajar al siglo XXIX.

—¿Por qué precisamente a esa época, capitán? —quiso saber el joven.

—Es bien sencillo: fue en el siglo XXIX cuando se produjo la terrible epidemia que estuvo a punto de extinguir la vida humana sobre el planeta. Murieron uno de cada diez mil... y dudo mucho que los dos puedan sobrevivir a esa peste.

Después de las palabras de Ersylt hubo un helado silencio. Elyssa tenía los ojos desorbitados, negándose a creer lo que acababa de escuchar.

—Profesor —dijo de pronto, con voz ahogada—, usted no puede hacer una cosa semejante... No puede ser cómplice de un horrible crimen...

Roffur se encogió de hombros.

—Las razones del capitán me han convencido —respondió fríamente.

Ersylt empujó a Shawk hacia el aparato.

—Ustedes no tendrán que hacer nada. El cronomóvil funcionará automáticamente, como ya he dicho. ¡Vamos, adentro!

Shawk apretó los labios. Era inútil resistir; resultaría suicida enfrentarse con varios hombres armados, dispuestos a tirar contra ellos si intentaban oponerse por la fuerza a los designios de Ersylt.

En silencio, se acomodó en el asiento de la derecha. Tras alguna vacilación, Elyssa echó a andar hacia el cronomóvil.

Al pasar junto a Roffur le miró despreciativamente. No quiso decirle nada; sabía que el profesor no haría caso de sus reproches.

De pronto, oyó la voz de Roffur en tono muy bajo:

—Las cifras marcan solamente la mitad de la realidad.

Elyssa no supo qué decir. Casi sin darse cuenta, se encontró sentada junto a Shawk y frente al cuadro de mandos del cronomóvil. Instantes después, el propio Ersylt hizo girar la cubierta transparente y los dos ocupantes del aparato quedaron aislados del exterior.

Roffur tenía en la mano una caja que parecía un aparato de control a distancia. Presionó un botón y todo lo que había ante los viajeros del cronomóvil desapareció de su vista.

* * *

En torno a la máquina del tiempo no había luz ni tampoco oscuridad: solo una especie de niebla gris, sin ningún detalle ni relieve que permitiese ver más allá de la cubierta transparente.

Sin embargo, el interior estaba bien iluminado y las indicaciones del cuadro de mandos se podían leer con toda facilidad.

—Elyssa, ¿crees que podremos sobrevivir a la peste del siglo XXIX? —preguntó Shawk, al cabo de unos segundos.

—Espera un poco —rogó ella, con una mano levantada como para indicar que estaba profundamente concentrada en el cuadro de control.

Uno de los indicadores consistía en una serie de cifras que cambiaban vertiginosamente.

—Siglos, años, meses, días... —dijo Elyssa, como si hablara consigo misma.

Shawk respetó la actitud de la joven. Pasados unos minutos, las

cifras empezaron a cambiar con más lentitud hasta que, de pronto, se detuvieron por completo.

Elyssa leyó:

—Siglo XXIX, año dos mil ochocientos noventa y cuatro, mes junio, día veintisiete.

—El siglo de la peste —dijo Shawk, estremecido de horror.

—Aguarda un momento —insistió ella—. El profesor me dijo...

—¡Ese miserable! Está de acuerdo con Ersylt...

—No te precipites en tus juicios, Jori. Cuando yo iba a embarcar, el profesor me dijo que las cifras marcarían solo la mitad de la realidad.

—¿Y qué quiere decir eso? ¿Cada minuto tiene solamente treinta segundos? —exclamó Shawk mordazmente.

—No, no, en absoluto. Mira, Jori, ahora estamos en el año dos mil ochocientos noventa y cuatro, ¿no es así?

—Eso es lo que veo, encanto.

—Si lo que dijo Roffur es cierto, entonces, esta flecha es la mitad de lo que debe ser realmente.

—Claro, así tendríamos que estar ahora en el año cinco mil setecientos ochenta y ocho —contestó él amargamente—. Claro que no estaría tan mal; no habría peste y...

—Estás equivocado, Jori. La mitad se refiere a las épocas que conocemos, aunque no hayamos estado, todavía, en el siglo XXXVII.

—¿Qué quieres decir, Elyssa? —preguntó él, desconcertado.

—Tenemos que contar, desde nuestra época, en el siglo XXII al XXXVII. Hay mil quinientos años, ¿no es así?

—En cifras redondas, así es —admitió el joven.

—Bueno, la mitad de mil quinientos son setecientos cincuenta... pero cuando Ersylt nos metió con el cronomóvil nos encontrábamos, exactamente, en el año dos mil ciento treinta y dos. Por tanto, desde esta flecha a la que marca el indicador, hay setecientos sesenta y dos años.

—Sí, es cierto. ¿Y bien?

—Jori, ¿cuál es la cifra duplo de setecientos sesenta y dos?

—Pues... mil quinientos veinticuatro, es un cálculo fácil.

—Perfectamente. Suma ahora dos mil ciento treinta y dos con mil

quinientos veinticuatro. ¿Cuál es el resultado?

—Tres mil seiscientos cincuenta y seis... ¡Estamos en el siglo XXXVII! —gritó Shawk.

Con un suspiro de alivio, Elyssa se reclinó en su asiento.

—Exacto, Jori, exacto. Estamos en el siglo XXXVII, justamente la época de que proceden tus amigos.

—Entonces... significa que Roffur ha traicionado a Ersylt...

—Porque ha querido ayudarnos.

—Pero ¿con qué objeto?

La niebla que envolvía al aparato empezó a disiparse. Segundos después, se abrió la cubierta transparente y un hombre de aspecto agradable les dirigió una sonrisa acogedora.

—¿Son ustedes los enviados del siglo XXII? —preguntó.

* * *

Situados en una estancia, discretamente decorada en tonos suaves, pero sin que faltase ninguna de las comodidades a que estaban habituados, Shawk y Elyssa contemplaban atónitos el paisaje de la Tierra en el siglo XXXVII.

Ante ellos se extendía una suave llanura, con pocas irregularidades, cubierta de césped que parecía hecho de esmeraldas puras, salpicado de flores de diversos colores, semejantes a gemas de todas clases. Aunque los árboles abundaban, no estaban tan juntos que abrumasen con el espesor de un bosque, permitiendo la visión a gran distancia.

Había algunos arroyuelos y las nubes blancas se movían lentamente en un cielo de un azul esplendoroso. Al pie del edificio al que habían sido conducidos después de su llegada, se veía un gran estanque circular, con artísticas fuentes de un estilo que a ellos les resultaba completamente nuevo.

En las inmediaciones, se veían personas de ambos sexos, en pequeños grupos o por parejas, indolentemente tendidas en el césped o paseando sin prisas. La indumentaria era sencilla y práctica, muy semejante a la que Shawk había visto en sus amigos ahora secuestrados.

De pronto, una pareja, hombre y mujer, ambos jóvenes, unieron

sus manos y, elevándose a un par de metros sobre el suelo, se alejaron con moderada velocidad.

Shawk se sintió estupefacto.

—¡Mira, Elyssa! En esta época pueden levitar —exclamó.

Ella contempló la marcha de la pareja, hasta que los vio perderse de vista en la lejanía.

—¿No te dijeron tus amigos que no habían querido profundizar demasiado en tu mente? —preguntó.

—Sí, pero jamás me imaginé una cosa así...

—Porque fueron discretos. Pero en esta época, sin duda, la mente humana ha alcanzado el poder suficiente como para permitir la levitación. ¿Has visto algún vehículo desde nuestra llegada, Jori?

—No, en absoluto —respondió él, muy sorprendido por un detalle en el que no había reparado hasta aquel momento.

—Nosotros vinimos a pie, acompañados por nuestro guía, pero la distancia no era excesiva, apenas quinientos metros. Si las personas pueden levitar, ¿qué necesidad tienen de vehículos?

Shawk se rascó la cabeza, lleno de perplejidad.

—Muy cierto —convino—. Sin embargo, los vehículos pueden ser necesarios para el transporte de cargas pesadas...

—Quizá los tengan, en efecto, pero puede que los utilicen en otras horas. De todos modos —suspiró Elyssa—, abandonar esta época debe de ser algo terrible para los que viven en ella, ¿no te parece?

—Si se va a producir una catástrofe, que puede extinguir la vida humana, y las posibilidades de supervivencia son buenas, entonces, aunque lo lamenten, no tienen otro remedio que viajar al siglo XXII.

—Una época tan maravillosa... —se lamentó la joven—. Nuestro guía nos dijo que todas las enfermedades están prácticamente vencidas, que el promedio de vida es de trescientos años, que no hay delitos ni guerras, ni, por tanto, la policía ni los ejércitos son necesarios...

—Y tienen todo pagado, la comida, las ropas y todo lo que necesitan son absolutamente gratuitos. En suma, el paraíso en la Tierra.

—Jori, quizá esos cuatrocientos millones que viajarán a nuestra época nos ayuden a mejorar las costumbres.

—Ya tendrán que esforzarse mucho para conseguir que cambien tipos como Ersylt —dijo Shawk con amargo sarcasmo.

—Sí, es cierto, y sufrirán un choque muy duro... Pero, ¿por qué hizo trampa el profesor? ¿Te imaginas sus motivos, Jori?

—Estamos aquí para averiguarlo, Elyssa.

—¿Lo crees así?

—Roffur no nos envió a esta época sin un motivo y no solamente para salvarnos de morir por la peste del siglo XXIX, sino por algo mucho más importante.

—¿Más importante que nuestras vidas, Jori?

—Pienso que sí —respondió Shawk—. Dos vidas humanas, en ocasiones, tienen una importancia mínima comparados con acontecimientos de relieve infinitamente superior. Y por eso creo que hemos llegado al siglo XXXVII: para averiguar la verdad.

—A costa de nuestras vidas, claro.

—No, no... No me has entendido, Elyssa. Roffur nos envió a esta época para algo más que evitarnos la muerte por peste. Acabaremos por saberlo, espero.

—Siendo así... —dijo ella, dubitativa.

—Es más: apostaría a que un día podremos regresar a nuestra época para poder contar la verdad de esos acontecimientos que todavía desconocemos.

—Admiro tu optimismo...

Elyssa no pudo continuar. La puerta de la estancia se abrió en aquel momento y el hombre que les había recibido a su llegada al siglo XXXVII se hizo visible.

—Ah, aquí está nuestro guía —exclamó Shawk, satisfecho.

El guía se llamaba Fardlan Qirrert y les había suplicado le llamasen por su nombre y empleasen tratamientos sin ceremonia. Como se usaba en aquella época.

—Tengo que comunicaros algo —dijo Qirrert—. Se ha participado vuestra llegada al Consejo Superior Temporal, cuyos miembros han acordado una reunión para dentro de tres días, después de lo cual, seréis recibidos por el Primer Consejero. Mientras tanto, se os ruega me aceptéis vuestro guía, para que podáis recorrer la ciudad y sus alrededores, sin limitación alguna.

Shawk hizo una profunda reverencia.

—Aceptamos encantados —contestó.
—Y te damos las gracias —sonrió Elyssa.

CAPÍTULO IX

Durante los tres días que siguieron, Shawk y la doctora, acompañados por Qirrert, recorrieron y conocieron cuanto de notable había en el siglo XXXVII. Tal como habían comentado en un principio, no había vehículos salvo para el transporte de cargas pesadas, pero solo funcionaban durante las horas nocturnas.

—Durante el día está prohibida toda circulación, excepto casos urgentes —explicó Qirrert.

—Enfermedades y demás, ¿verdad? —supuso Shawk.

—Sí. En determinados momentos, y pese a que nuestro promedio de vida es muy superior al de épocas anteriores, una persona cae enferma Entonces, no es conveniente que utilice sus poderes de levitación para transportarse al hospital donde ha de ser atendido el paciente.

—Y las futuras mamás también son trasladadas en ambulancia —añadió Elyssa sonriendo.

—Exactamente. Pero también, a ser posible, esos traslados se hacen durante la noche.

—El poder de levitación —dijo Shawk pensativamente—. Una época fascinante, que permite a los seres humanos moverse por sí mismos, sin necesidad de vehículos... ¿Nacéis ya con esas facultades, Ferdlan?

—Oh no, en absoluto. Se nos enseña desde los primeros años, apenas el niño puede tenerse en pie. El aprendizaje, desde luego, es duro, aunque lento y progresivo. No obstante, debo deciros que se observan ya modificaciones genéticas que permitirán, en una época muy futura, levitar sin necesidad de aprender...

Qirrert se calló de pronto. Sonriendo tristemente, añadió:

—Olvidaba que muy pronto tendremos que emigrar a vuestra época. Allí no podremos levitar; las condiciones ambientales lo harían mucho más difícil. Porque el ambiente y la situación social y la educación también influyen en ello.

—Lo siento de veras, Ferdlan —dijo Shawk.

La conversación tomó otros derroteros. Un poco más adelante,

Shawk divisó un severo edificio, cuyo aspecto llamó de inmediato su curiosidad.

—Ferdlan, ese caserón tiene apariencia de edificio oficial. ¿Qué es?

—Ahí, además de otros datos, se guardan todos los registros de las personas nacidas en este planeta, es decir, se archivan los nombres y los datos de quienes nacieron en la Tierra desde el siglo XXI, siempre que pudieran haberse salvado de guerras y catástrofes naturales.

—¡Caramba! —se asombró Elyssa—. ¿Quieres decir que uno podría encontrar a su antepasado ahí, en esos archivos, si se lo propusiera?

—Y si su registro civil perduró a lo largo de los siglos, porque muchos se perdieron irremediablemente. Pero los que se salvaron fueron mayoría, por fortuna.

A Shawk le entró de repente una viva curiosidad por conocer cierto detalle.

—Ferdlan, yo nací en los dos mil noventa y siete. ¿Crees que sería posible rastrear mi... árbol genealógico? Si el registro civil de mi ciudad se salvó, me gustaría saber hasta dónde pudo llegar mi descendencia.

Qirrert hizo un cortés ademán con el brazo.

—Nada más fácil —accedió.

Momentos después, entraban en el edificio. Qirrert les condujo a una sala de consulta, en la que se veían varias pantallas.

—Siéntate frente a una cualquiera de las pantallas, presiona la tecla azul y luego pronuncia tus datos de nombres de tus padre y tuyo y tu fecha de nacimiento —indicó el guía—. Si aparece tu nombre, presiona la tecla anaranjada; la lista de tus posibles descendientes, se hará visible a continuación.

—Y eso que todavía no me he casado —rio Shawk.

Elyssa carraspeó.

—Jori, ¿seguro que alguna de tus aventurillas no dejó algún rastro? —preguntó maliciosamente.

Shawk se puso las manos en el pecho.

—Al menos, ella no me lo dijo ni yo tampoco inscribí ese... «rastro» en ningún Registro Civil —contestó.

Elyssa se volvió hacia el guía.

—Ferdlan, mientras Jori investiga su descendencia, ¿no sería posible que yo pudiera conocer algunos detalles técnicos sobre los cronomóviles actuales? —consultó.

—Hay una sala con pantallas de información general. ¿Quieres acompañarme? —propuso Qirrert.

Shawk se quedó solo. A los pocos momentos, con gran asombro, vio los nombres de sus padres en la pantalla, con la fecha de su matrimonio, y luego la de su nacimiento.

Los datos continuaron apareciendo en la pantalla y, de súbito, se vio casado.

—¡Por todos los diablos! Ella será... mi esposa...

Había presionado ya la tecla naranja y nombres de descendientes, hijos, nietos, hijos de los nietos, continuaron haciéndose visibles en la pantalla, junto con las fechas. Shawk, sin embargo, observó un detalle significativo: faltaba la fecha de su muerte, la de sus hijos y sus nietos.

Le preguntaría luego a Qirrert, se dijo. Año tras año, siglo tras siglo, fue conociendo de nombre al menos, a su descendencia, y así pudo observar que la cadena de nacimientos no se había roto nunca, ni siquiera en la época de la peste. En ocasiones, la descendencia era colateral, pero siempre procedía del mismo tronco.

Finalmente, llegó al año 3629 y vio en la pantalla un nombre que le dejó terriblemente confuso.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, como si se negase a creer en la realidad. Luego emitió una orden verbal y la pantalla se apagó.

Casi en el mismo instante, regresaron Elyssa y Qirrert.

—El primer consejero os aguarda, acaban de avisarme —dijo el guía—. No le hagamos esperar, os lo ruego.

—Por supuesto —contestó Shawk.

Elyssa le vio muy preocupado.

—¿Has visto algo raro, Jori?

—Ya te lo contaré después —contestó él evasivamente.

* * *

Taike Dawr, Primer Consejero Temporal, les recibió en un elegante despacho, discretamente decorado, con grandes ventanales en dos de sus lados. Los sillones eran cómodos y relajantes, lo mismo que el tono de los colores de la estancia.

—Os ruego me disculpéis por no haberos recibido antes —dijo, tras los primeros saludos—. No os esperábamos a vosotros, ciertamente, y por ello nos sentimos doblemente sorprendidos. ¿Qué ha sido de nuestros enviados al siglo XXII?

—Me permites que te cuente lo que sucede Taike? —preguntó Shawk.

—Por favor...

El joven habló durante unos minutos. Cuando terminó, Dawr mostró no solo asombro, sino también consternación.

—Es terrible —murmuró—. Pensar que nuestros enviados podrían conseguir la salvación de la especie humana...

—¿Puedo preguntarte el procedimiento empleado para conocer la catástrofe que se va a producir en un futuro relativamente próximo? —preguntó Elyssa.

—Un viaje a ese futuro, nada más sencillo —respondió el Primer Consejero.

—¿Quién lo realizó? Me gustaría hablar con él...

—Temo que te costaría un poco, Elyssa.

—¿Por qué?

—El hombre que nos dio ese informe está en tu época. Se llama Himon Triom.

Elyssa se sintió estupefacta.

—Pero... ¿cómo puede ser, si es un hombre de mi época? ¿Acaso estuvo aquí?

—Verás —explicó Dawr—. Cierto día, se hizo visible una máquina del tiempo, muy rudimentaria y que consumía una extraordinaria cantidad de energía, pero, a fin de cuentas, funcionaba satisfactoriamente. El hombre que la tripulaba era Triom.

Elyssa se volvió hacia el joven.

—Ese granuja se aprovechó de los descubrimientos de Roffur —dijo, muy excitada—. Taike, ¿qué sucedió después?

—Bien. Triom permaneció entre nosotros una larga temporada, como nuestro huésped y, al igual que vosotros, en completa libertad

de moverse por todas partes. En una ocasión, nos pidió permiso para realizar un viaje al futuro. Se lo concedimos, no teníamos nada que temer, sobre todo, teniendo en cuenta que, también como vosotros, tenía un guía.

—De modo que Triom viajó al futuro...

—Sí, y él fue quien descubrió la catástrofe. Es más, trajo imágenes filmadas de lo que va a suceder dentro de cinco años. Su acompañante, por desgracia, pareció en un infortunado accidente. Se despeñó por un precipicio y Triom no pudo recobrar su cadáver. Regresó aquí, nos participó su descubrimiento y luego nos pidió permiso para regresar a su época.

—Y volvió al siglo XXII... —Elyssa parecía muy pensativa—. Pudo ocurrir, puesto que yo no le he visto en un par de años al menos. Pero fue un sujeto que nunca me gustó. Instinto, intuición femenina... Lo que sea, pero Triom nunca me pareció lo que suele llamarse trigo limpio.

Shawk frunció el ceño.

—Elyssa, no irás a decir que Triom se inventó una catástrofe imaginaria —exclamó, alarmado.

—Es imposible —aseguro Dawr—. No solo tenemos los registros, sino que el contador de tiempo recorrido graba el que se ha empleado en cada viaje, de modo irrefutable. Examinamos el del cronomóvil que había usado Triom, fue un acto de rutina, desde luego; se hace cada vez que se utiliza un cronomóvil. Pero las fechas grabadas en el contador del tiempo confirman sus declaraciones.

Elyssa tenía las cejas muy juntas.

—Taike, me gustaría examinar ese cronomóvil —pidió.

—Triom se lo llevó de vuelta a la Tierra —le recordó Shawk.

—No —contradijo el Primer Consejero—. Triom regresó en el suyo, al que se habían hecho algunas modificaciones, en especial en el sistema de energía, para evitar un gasto excesivo. El que utilizó para su viaje de exploración está aquí, en el edificio correspondiente...

—¿Podría examinarlo, Primer Consejero? —solicitó Elyssa con gran vehemencia.

—Pero tú no conoces los mecanismos...

—Alguien puede ayudarme, Taike.

Dawr meditó unos segundos. Luego alzó la cabeza.

—Está bien El mismo Qirrert te acompañará. A fin de cuentas, es también experto en cronomóviles.

La joven se puso en pie.

—Gracias, Taike. Si encuentro algo extraño, haré que te lo comuniquen enseguida —dijo.

—¿Temes...?

—De momento, lo sospecho solamente, señor. Y, aunque desearía que todo quedase en sospechas, creo que podré confirmar la trampa que hizo Triom.

—Si hizo trampa, tendrán que felicitarse en esta época —dijo Shawk sonriendo.

—Porque, en tal caso, no habrá catástrofe, ¿verdad?

—Exactamente, doctora.

Dawr meneó la cabeza.

—Tenemos pruebas irrefutables de que va a ser así —dijo amargamente—. Pero, en fin, no quiero denegar tu petición. Que te acompañe Qirrert e infórmame en cuanto sepas algo.

—Te doy las gracias, Primer Consejero —contestó Elyssa.

Momentos después, abandonaban la estancia. El guía se reunió con ellos poco después.

—He sido informado de que quieres examinar el cronomóvil que utilizó Triom. Te guiaré, Elyssa...

—Y yo, ¿qué hago? No entiendo nada de esos chismes... y la verdad, en esta época, no se puede vender a la gente un monumento al año dos mil —dijo Shawk.

—Puedes volverte a nuestro alojamiento —aconsejó la joven—. Iré a buscarte en cuanto sepamos algo, no te preocupes.

* * *

Pero Shawk sí se sentía preocupado, porque había visto su árbol genealógico y conocía su descendencia hasta el siglo XXXVII.

El detalle que le había extrañado, la fecha de su muerte y la de sus descendientes más próximos, tenía su explicación, supuso. Toda persona viva que hiciera una consulta en tal sentido, debía ignorar la fecha de su muerte. Y si tampoco conocía la de sus hijos, nietos y

biznietos, ello significaba que iba a vivir largos años, en compañía de...

Rio con amarga ironía.

—¿Qué dirá ella cuando lo sepa? —se preguntó.

Al fin, cansado de pensar y puesto que ignoraba cuándo regresaría Elyssa, se durmió.

Despertó mucho rato después, ya bien entraba la noche, cuando sintió que alguien le zarandeaba con fuerza.

—¡Jori! Vamos, deja ya de dormir, haragán... Tengo algo importante que comunicarte...

Shawk se sentó en el lecho, frotándose los ojos.

—¿De qué se trata, muñeca? —preguntó.

—Confirmado —dijo ella con los ojos muy brillantes—. Triom hizo trampa.

—Alteró la grabadora de fechas...

—Exactamente, Jori.

—Debe de ser un tío muy listo —calificó Shawk de mala gana.

—Lo es, por dos razones. Primera, en muy poco tiempo, se puso al corriente del funcionamiento de los actuales cronomóviles.

—¿Y la otra razón?

—Es fácil de explicar. Esta gente, en el siglo XXXVII, es sencilla, crédula, no conocen la malicia ni el engaño... Si aquí circulase el dinero, en pocas semanas, pasaría todo a tus bolsillos.

—Oh, yo nunca he engañado a las personas decentes, bien lo sabes —protestó él indignadamente.

—Perdona, no quise ofenderte...

—Está bien... ¡Eh! —gritó Shawk de pronto—. ¿Qué me dices de las filmaciones de la catástrofe? ¿También son trucadas?

—No. Creemos, pero hemos de probarlo, que pertenecen al futuro... aproximadamente hacia el siglo cinco mil cuatrocientos...

Shawk se sintió espantado al oír aquella cifra.

—¡El año quinientos cuarenta mil! —chilló.

—Minuto más, minuto menos —rio Elyssa—. Qirrert y yo vamos a viajar a esa época. ¿Te gustaría acompañarnos?

Los ojos del joven se elevaron hacia el techo.

—¿Por qué me metería yo en esta clase de aventuras? Con lo bien que vivía, timando a los incautos, ganando el dinero con facilidad...

—Cuando vuelvas a nuestra época, tendrás una clase de trabajo muy distinta —afirmó ella.

—¿Qué trabajo, doctora?

—Lo sobras en su momento. Ahora, vístete. Partimos hacia el año quinientos mil cuatrocientos, minuto más o menos, y no tenemos tiempo que perder.

CAPÍTULO X

La niebla gris que envolvía al cronomóvil se disipó lentamente y la vista de los viajeros pudo llegar hasta el horizonte.

El terror abrumó a Shawk. Hasta donde podía ver, no se advertía el menor signo de vida; ni animal, ni vegetal.

Era la desolación absoluta. El desierto más árido del siglo XX hubiera parecido un vergel en comparación con la horrible llanura que se extendía ante ellos.

Shawk pensó que las gentes del siglo XXXVII habían alcanzado un notabilísimo nivel de civilización, pero, al mismo tiempo, habían perdido algunas de las cualidades de los hombres de antaño: tenacidad, valor, animosidad para enfrentarse con cualquier peligro... pero, también y al mismo tiempo, habían ganado en honestidad y dignidad, puesto que nadie desconfiaba de nadie.

«Quizá sea así mejor, pero no cabe duda de que al granuja de Triom el engaño le resultó tan fácil como quitarle un caramelo a un chico de cuatro años», pensó.

—Y, sin embargo, todavía ignoramos por qué lo hizo —dijo, expresando en alta voz sus pensamientos.

—No lo hizo sin un poderoso motivo —contestó Elyssa—. ¿Nos apeamos, Fardlan?

—Por supuesto.

Una terrible bofetada de calor les golpeó apenas estuvieron fuera del aparato.

—¡Dios mío! Esto es insoportable —se quejó el joven.

Elyssa señaló un punto con la mano.

—Fardlan, si no me equivoco, ahí está el precipicio donde murió el guía de Triom —dijo—. Al menos, según lo recuerdo yo después de haber visto la grabación que hizo.

—Muy bien, vamos a comprobarlo —dijo Qirrert.

Momentos después, se asomaban al borde del precipicio, que no medía menos de cincuenta o sesenta metros de altura. Abajo, en el fondo, divisaron un bulto inmóvil.

—Tendríamos que rescatarlo —propuso la joven.

—El descenso es imposible —alegó Qirrert.

—Yo lo haré —se ofreció Shawk—. Veo allí un sendero que me permitirá llegar hasta el fondo. Subir costará un poco, pero también lo conseguiré.

Sonriendo, giró en redondo para enfrentarse con el guía.

—Fardlan, cuando volvamos, me beberé una piscina llena de agua —dijo.

—Yo te ayudaré, Jori —contestó Qirrert.

Shawk elevó la vista al cielo un instante. ¿Qué era lo que provocaba aquella espantosa temperatura?

—Diríase que el sol ha aumentado de tamaño —observó.

—Se han incrementado sus procesos de producción de energía, lo que origina la elevación de temperatura, con las consecuencias que son fáciles de prever. Debe de ser algo accidental, no definitivo; todavía no hay peligro de que el sol se convierta en una estrella nova, lo que produciría la extinción total del sistema solar —explicó Elyssa.

—Pero esto ha sido suficiente para borrar todo signo de vida en la Tierra —alegó Shawk.

—Ocurrirá en el siglo cinco mil cuatrocientos de nuestras épocas, no debemos preocuparnos, Jori.

—Está bien, vamos allá, Ferdlan.

El cadáver no ofrecía signos de descomposición.

—Simplemente, se ha momificado —dijo Qirrert—. Lo llevaremos a nuestra época, para que reciba las honras fúnebres que le son debidas.

—Antes, sin embargo, pasaremos por la época en que, según Triom, se había producido esta catástrofe.

—En efecto, es preciso llevar pruebas de que no ocurrió nada en el año tres mil seiscientos sesenta y uno.

Al aparecer en la fecha mencionada, Shawk divisó hierba fresca y un cristalino arroyuelo a poca distancia del cronomóvil. Saltó fuera y corrió hacia el arroyo, en el que se metió inmediatamente, sin cambiarse de ropa.

—¡Estaba a punto de cocerme vivo! —gritó—. ¿No vienes tú, doctora? ¿Fardlan?

Ninguno de los dos aceptó la proposición, aunque sí se rieron de

lo que hacía el joven. Al cabo de unos minutos, Shawk salió de arroyo y se sacudió como un perro mojado.

—Volvamos, Jori; tenemos muchas cosas que hacer —dijo el guía con grave acento.

* * *

—Habéis demostrado que la catástrofe que nos amenazaba fue un engaño y nunca os lo agradeceremos bastante —manifestó el Primer Consejero al día siguiente—. Pero dos de nuestros amigos están en vuestra época, prisioneros de personas sin conciencia, como Triom. Queremos que regresen, aunque no se nos ocurre ningún procedimiento. La violencia está excluida por completo, no solo porque nos repugna y ha sido desterrada por completo entre nosotros, sino por la imposibilidad material de desembarcar un ejército en el siglo XXII. ¿Qué nos aconsejáis?

—Es evidente que la retención de Khadd y de Amhina tiene algún motivo que no alcanzamos a comprender por el momento —respondió Shawk—. Pero, para conseguir su rescate, es preciso que nos encomiendes a nosotros la operación. ¿No es así, Elyssa?

—En efecto —concordó la joven—. Nosotros lo haremos.

—Ellos nos enviaron aquí con el cronomóvil de sus prisioneros. Cierto que alguien que no estaba conforme con los métodos de Triom y sus amigos, nos ayudó a llegar a esta época, seguro de que podríamos no solo salvarlos, sino también pedir ayuda.

—Y demostrar que no se producirá una catástrofe planetaria dentro de cinco años, como dijo Triom —sonrió Dawr.

—Tendremos que hacerlo con astucia, eso queda fuera de toda duda —dijo Shawk pensativamente—. Pero desde aquí, no podemos idear ningún método; desconocemos la situación actual de los prisioneros y será preciso estudiar el terreno antes de actuar.

—Yo me pregunto por qué nos enviaron al futuro en el cronomóvil de los mensajeros —intervino Elyssa—. No parece lógico...

—Triom ha tenido tiempo de copiar sus mecanismos —adujo Shawk—. ¿No lo crees así. Primer Consejero?

Dawr asintió.

—Supongo que será verdad, aunque hasta ahora nuestros sistemas de detección no han señalado la presencia de un cronomóvil ajeno —respondió.

—A nosotros nos tendrás que dejar uno, para regresar al siglo XXII, y lo dejaremos en un lugar oculto, de modo que nadie pueda encontrarlo, salvo quienes deben volver a su época, esto es, Khadd y Amhina —dijo el joven.

—Os vamos a dejar un cronomóvil del último y más perfeccionado modelo, con mando a distancia por control remoto, que permitirá su invisibilidad hasta el momento en que se desee utilizarlo de nuevo.

—¿Cómo es eso? —exclamó la doctora, sorprendida.

—Muy sencillo: una vez llegados a la fecha deseada y después de desembarcar, lo enviaréis a cinco minutos en el futuro. El tiempo correrá equitativa y paralelamente tanto que se hallará siempre adelantado en el futuro, nunca resultará visible, hasta que lo hagáis retroceder esos cinco minutos para ajustarlo a vuestro tiempo actual.

—Fantástico —dijo Elyssa—. ¡Cómo me gustaría vivir en esta época!

Dawr meneó la cabeza.

—Cada uno debe vivir en la época que le corresponde por naturaleza —dijo—. Nadie puede trasladarse a vivir a una época distinta de la suya, debido a los trastornos que se producirían en la línea de nacimientos, aparte de otros graves inconvenientes en los trabajos de investigación, construcción de edificios o, simplemente destrucción de los mismos... Los perjuicios serían gravísimos; por ello, toda persona debe vivir inapelablemente en su época.

—Pero sí puede usar un cronomóvil para explorar...

—Con grandes precauciones y un alto sentido del deber; no en la forma en que lo hacía Triom.

—Nadie debe vivir fuera de su época —repitió Shawk pensativamente—. Si yo me viniera ahora al siglo XXXVII, mis descendientes no nacerían.

—Dejarían de nacer millares de personas que existieron en épocas pasadas y surgirían terribles conflictos —declaró Dawr—. Cómo puede suceder, si no conseguís rescatar a nuestros mensajeros.

Shawk sacó el pecho.

—Los rescataremos y los traeremos a esta época —aseguró.

Momentos después, terminaba la audiencia. Dawr añadió que Qirrert se iba a encargarles de entrenarles para el manejo del cronomóvil que iban a utilizar en su viaje de regreso al siglo XXII, lo que llevaría algún tiempo, no más de una semana, sin embargo.

Al atardecer, y desde el ventanal del alojamiento en que residían, Shawk contempló el maravilloso paisaje que se extendía ante ellos, vio también a las personas que se movían con toda calma, en un ambiente de paz y belleza infinita, y no pudo contener un suspiro.

—¡Cómo me gustaría vivir en esta época! —exclamó.

—Te encontrarías con Amhina, ¿verdad? ¿Estás enamorado de ella? —preguntó Elyssa maliciosamente.

—Ya no, aunque la recuerdo con muchísimo agrado.

—Creí que el flechazo había sido certero, en pleno corazón —rio la doctora.

—Lo fue en un principio. Luego, ese sentimiento se transformó en simpatía, en afecto...

Shawk se volvió bruscamente hacia la joven.

—No puedo quedarme en esta época ni podría, tampoco, casarme con Amhina. ¡Es mi descendiente!

Elyssa se quedó atónita al conocer la noticia.

—Investigaste tu árbol genealógico...

—En dirección a las raíces —sonrió él—. Cuando lo haga Amhina, ella verá las ramas, como es lógico.

—Claro, claro. Y dices que ella...

—Los registros no yerran. Cierto que, en alguna generación, la línea de descendencia masculina se interrumpe, por falta de nacimientos de varón, pero siempre hubo descendientes colaterales, por rama femenina, que continuasen esa línea.

—Hasta llegar a Amhina... ¿Cuántas generaciones, Jori?

—Pongamos una media de tres por siglo, lo que, en mil quinientos años, da una cifra aproximada de cuarenta y cinco o cincuenta generaciones.

—¿Eres tú el que inicia ese árbol genealógico?

Shawk sonrió de una forma especial.

—Tuve un padre y este un padre y mi abuelo, a su vez, tuvo padre y abuelo... Toda línea genealógica tiene un principio que se

pierde en la noche de los tiempos.

—Ya. Adán y Eva —dijo ella, irónica.

—Pero la mía, y por ahora, termina en Amhina.

—¿Es soltera?

—Por ahora, sí, pero no te preocupes; ya se casará.

—Y tú también, si lo que dices acerca de tu árbol genealógico es cierto.

—Elyssa, hay cosas en las que no te mentiría jamás —contestó él muy serio.

* * *

«Desembarcaron» en el siglo XXII y Shawk, de acuerdo con el entrenamiento recibido, envió el cronomóvil a cinco minutos en el futuro. El aparato desapareció instantáneamente.

—¿Y ahora? —dijo Elyssa.

—Tendremos que poner en marcha un plan de rescate... ¿Permites que me hospede en tu casa?

—Claro —accedió ella—. Tengo ganas de darme un buen baño, comer un poco, meterme en la cama y dormir doce horas seguidas.

—«Allá» has dormido todo lo que quisiste...

—Era otra cosa, no estábamos en nuestra época y me sentía nerviosa en ocasiones —Elyssa agitó una mano y un aerotaxi se les acercó muy pronto—. Vamos, Jori.

Shawk no se sentía tan fatigado como la joven y, además, tenía cosas que hacer. Al día siguiente, madrugó mucho y, casi todavía de noche, salió a la calle.

En un lugar desierto, comprobó que el cronomóvil estaba siempre a cinco minutos en el futuro. Hizo que se tornara invisible nuevamente y continuó su camino.

Thalgus Vardo le recibió con ojos cargados de sueño y expresión recelosa.

—He estado de patrulla hasta hace poco —manifestó—. ¿Por qué no me deja continuar durmiendo?

—Tally, necesito de usted —dijo el joven sin más preámbulos—. Pagaré bien sus servicios...

—Sigo siendo un policía —advirtió el sujeto.

—¿Lo es también el capitán Ersylt?

Vardo lanzó una sarcástica carcajada.

—¡«Coronel» Ersylt, señor! —exclamó—. Ande, venga a la cocina y le contaré cosas muy interesantes. Usted ha estado fuera estos días, ¿verdad?

—Sí, he estado de viaje —admitió el joven.

Vardo encargó café para dos en la dispensadora de alimentos.

—El presidente ha sufrido un ataque de lo que algunos, con benevolencia, denominan alteraciones de la mente —dijo el policía —. Naturalmente, ha sido internado en una clínica apropiada y el vicepresidente ha ocupado su puesto. Inmediatamente, ha realizado grandes cambios en el gabinete, de modo que apenas si quedan un par de ministros del anterior.

—El vicepresidente se llama... Ersylt —exclamó Shawk, casi a gritos.

—Hermano del ahora coronel —confirmó Vardo—. Todo el mundo rumorea que se trata de un golpe de Estado, pero nadie puede probarlo, ¿comprende?

—Se han hecho con el poder.

—Exactamente. Y Dragh Ersylt es ahora el jefe de Seguridad. Delicioso, ¿verdad?

—Querrá tener a la gente en un puño...

—No, no lo parece. Yo diría que tienen otros planes, aunque no alcanzo a entenderlo. Para empezar, el nuevo presidente ha decretado áreas prohibidas, ciertas vastas extensiones de terreno en distintos puntos del planeta, a donde ha enviado tropas para garantizar que nadie se establezca en esas zonas. Oficialmente se dice que son áreas destinadas a experimentos de agricultura, crecimiento rápido de las plantas y demás, pero no hay manera de comprobarlo.

Shawk se imaginó fácilmente el destino de aquellas áreas acotadas.

—Van a darles otro destino, Tally, pero ya se lo contaré en otro momento. Ahora dígame: ¿sabe si las gentes que vivían en Fox House continúan allí todavía?

—Creo que sí. Es más, incluso le diré que han reducido enormemente la vigilancia, aunque no suprimido del todo.

—Gracias, Tally. Una vez le dije que se trataba de una conspiración de altos vuelos. Ahora ha tenido ocasión de comprobarlo, ¿no es así?

—Cierto —admitió Vardo—. Pero ¿qué puede hacer un pobre agente de policía para evitarlo? —se lamentó.

—Quizá más de lo que se imagina. Oiga, ¿no podría enviar la baja por enfermo, para no acudir luego al servicio?

—Sí, desde luego...

Shawk le escribió una dirección en un papel.

—Venga a las seis de la tarde —dijo—. ¿Tiene armas?

—Mi pistola de reglamento, claro.

—Tráigala. Le aseguro que no le pesará, Tally.

—Muy bien, seré puntual... Ah, olvidaba decirle una cosa, Jori.

—Ersylt, es decir, los dos hermanos, y gente de su confianza, un grupo selecto de unas veinte personas, están reclutando personal femenino para una nueva organización gubernamental, Servicio de Futurología o algo así.

—Personal femenino —se sorprendió el joven.

—Todas son jóvenes, muy hermosas y solteras. No hay una sola de más de treinta años ni casadas tampoco. Yo creo que, más que Servicio de Futurología es Servicio de Refocile —dijo Vardo cáusticamente.

—Las cosas que se consiguen al estar uno en lo alto, ¿eh? —se despidió Shawk, muy intrigado por la última noticia que el policía acababa de comunicarle.

CAPÍTULO XI

Elyssa le recibió terriblemente enfadada, porque él había regresado después de las dos de la tarde.

—Te marchaste, sin despedirte de mí ni decir a la servidumbre adónde te ibas...

—Salí muy temprano de casa y no quise despertarte. Los sirvientes dormían también. He estado haciendo cosas, trabajando, en fin.

—¿Se puede saber en qué? ¿O es un misterio?

—Puedes saberlo —respondió Shawk—. Esta noche vamos a rescatar a mis amigos, al profesor Roffur y hasta al presidente.

—¡El presidente! —exclamó la joven, atónita.

—Está recluido en una clínica, con una supuesta dolencia mental, pero, en realidad, ha sido depuesto...

Las noticias que traía el joven abrumaron a Elyssa.

—Nunca me imaginé que pudiera suceder nada semejante. Pero, ¿qué es lo que pretende esta gente?

—Pronto lo sabremos —respondió Shawk.

Había traído un portafolios consigo y extrajo un papel de buenas dimensiones, que extendió sobre la mesa.

—He contratado también ayudantes, uno de los cuales es el exsargento Vardo. No solo vamos a deshacer la conspiración tramada por los hermanos Ersylt y devolver su cargo al presidente, sino que vamos a evitar la migración más grande de la humanidad.

—Cuatrocientos millones de personas, trasladándose a esta época... Eso ya se ha evitado, Jori.

—Ya lo sé pero ellos lo creen todavía posible. Y no solo lo creen posible, sino que han dado ya los primeros pasos para conseguirlo. En realidad, empezaron ya hace tiempo y creen todavía contar con el suficiente para llevar a cabo sus proyectos.

—Aún no sabemos cuáles son —adujo Elyssa.

—Creo que yo empiezo a imaginármelo, pero espero a enfrentarme con ellos para confirmar mis sospechas...

La doncella asomó en aquel momento.

—Señorita, el señor Gulloms desea hablar con usted —anunció.

Shawk se volvió vivamente.

—Acompañe al señor Gulloms a una de las habitaciones del piso superior y dígale que baje cuando esté preparado —ordenó.

—Sí, señor.

—Jori, ¿qué te propones? —preguntó la joven, muy intrigada.

—Calma, lo verás dentro de unos minutos. Sigamos con mi plan...

Un cuarto de hora más tarde, llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Shawk.

Un hombre entró en la estancia. Al verle, Elyssa lanzó un chillido de pánico.

—¡Jori, es Ersylt!

—Nada de eso —sonrió el joven—. Doctora, te presento a Gurt Gulloms, un buen amigo y magnífico actor, quien, en ocasiones ha desempeñado ciertos papeles que me ayudaban a... bueno, digamos a tener éxito en engañar a un «primo».

—¿Doctora? —saludó el recién llegado, de rostro y atuendo exactamente iguales al nombrado por Elyssa.

Ella se puso una mano en el pecho.

—Me he llevado un susto de muerte —confesó—. Pero ¿qué papel tiene que desempeñar ahora tu amigo?

—Lo hará en el momento adecuado —respondió Shawk—. Bien, Gurt, ya estás enterado de lo que debes hacer, ¿no es así?

—Por supuesto, Jori —dijo el interpelado.

—Procura situarte ante un fondo neutro... acerca mucho el rostro al ojo de la cámara, para que no se vea la decoración y la persona que reciba tu llamada pueda darse cuenta del engaño.

—Descuida, no habrá problemas.

—Gracias, Gurt. Elyssa, ¿estás preparada?

—¿Nos vamos ya? —preguntó la joven.

—Inmediatamente.

—¿Puedo saber, al menos, adónde nos dirigimos y qué vamos a hacer?

En los ojos de Shawk surgió bruscamente un relámpago de furia.

—Vamos a rescatar al presidente, en primer lugar; y después, destruiremos la conspiración que unos sujetos sin conciencia habían

ideado para su propio provecho —contestó.

Vardo aguardaba afuera.

—Estoy listo, señor —informó.

—Conoce ya su papel, supongo —sonrió Shawk.

—A la perfección, señor. No fallaré, se lo aseguro.

Elyssa observó cierto detalle en el uniforme de Vardo.

—¡Le han ascendido a capitán! —exclamó.

—El señor Shawk ha tenido la bondad de otorgarme los galones, doctora —contestó Vardo jovialmente.

* * *

Seguido de los dos jóvenes, ambos ataviados con batas blancas. Vardo avanzó resueltamente a lo largo del corredor de la clínica, hasta llegar a una puerta custodiada por un hombre con uniforme de la PST.

Con impresionantes ademanes, Vardo enseñó un documento.

—Orden personal del coronel Ersylt —dijo—. Venimos a llevarnos al enfermo a un lugar mucho más apropiado para su curación.

El guardia examinó el documento. Ignoraba que se trataba de una hábil falsificación, hecha por un amigo de Shawk.

—Conforme —dijo—. El paciente duerme. Le han dado sedantes; estaba muy excitado...

—Eso es que su estado ha empeorado —manifestó Shawk con aire doctoral—. Va a ser muy difícil curarlo, enfermera Mashon.

—Sí, doctor, eso es lo mismo que yo pienso —contestó Elyssa, impasible.

El presidente dormía en su cama, completamente ajeno a cuanto sucedía a su alrededor.

—Habrá que vestirle —sugirió Vardo.

Elyssa abrió un armario.

—Aquí están sus ropas —exclamó.

—Manos a la obra —dijo Shawk.

El supuesto demente no se enteró siquiera de lo que sucedía. Al cabo de unos minutos, sin embargo, abrió los ojos.

—Déjenme dormir... déjenme dormir... —pidió con voz torpe.

No le hicieron caso. Al cabo de un rato, Shawk le ayudó a ponerse en pie.

—Vamos, señor, procura caminar...

En aquel momento se abrió la puerta y un hombre, con insignias de capitán, entró en la estancia.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó, receloso.

—Nos llevamos al paciente a otra clínica —respondió Vardo—. Orden personal del coronel Ersylt —añadió.

El recién llegado miró un instante al falso médico y a su enfermera.

—La contraseña —exigió bruscamente.

Shawk se sintió aterrado. La falsificación era perfecta, pero no había contado con que Ersylt hubiese prevenido el detalle, disponiendo una contraseña secreta que permitiría saber si la orden era auténtica o no.

—La tengo —dijo Vardo.

Y, de súbito, disparó su puño derecho con tremenda potencia y el oficial se desplomó como un fardo.

—El centinela sospechará al ver que salimos sin él —opinó Shawk, muy satisfecho de la rapidez de comprensión de Vardo—. Hay que hacerle entrar, Tally.

—Déjelo de mi cuenta —sonrió Vardo.

Minutos después, el capitán y el vigilante quedaban en la estancia, sólidamente atados y amordazados. Para dificultar más su recuperación, Vardo desconectó el videófono, arrancando los cables, y luego cerró la puerta con llave, que guardó en un bolsillo.

—Listos —dijo.

Habían llegado en un aeromóvil y el aire fresco de la noche empezó a hacer sus efectos en el presidente. Elyssa se encargó de pilotar el aparato, mientras Shawk, con un transmisor portátil, hacia una llamada:

—Gurt, ya puedes empezar —dijo.

—Conforme —respondió Gulloms—. ¿Alguna novedad?

—No, todo va como se había planeado.

—Entonces, no habrá problemas. ¡Suerte, Jori!

Shawk cerró la comunicación. Sonriendo satisfecho, volvió la vista hacia Elyssa.

—Encanto, ¡a Fox House! —exclamó.

—Sí, patrón —respondió ella alegremente.

Jori y el presidente viajaban en el asiento posterior. La velocidad del aeromóvil era moderada, ya que no les interesaba llegar antes de tiempo al objetivo.

—Tally, abra un poco la ventanilla, a fin de que le dé el aire a su excelencia y termine de despejarse —aconsejó.

* * *

El aeromóvil se posó a unos cientos de metros de distancia de la casa, en la oscuridad de la noche. El presidente se había recuperado ya notablemente, aunque en ocasiones se mostraba todavía algo torpe.

—Nunca creí que mi vicepresidente fuese capaz de hacer una cosa semejante —manifestó, decepcionado—. Yo confiaba en él y me traicionó miserablemente...

—Ese delito, ¿tiene alguna pena, señor? —preguntó Shawk.

—Serán acusados de secuestro, con eso será suficiente. Tienen cómplices; alguno declarará la verdad, para obtener una pena más reducida.

—Muy bien, vamos allá.

Con paso relativamente lento, caminaron hacia la casa. Sin embargo, a les pocos momentos, Shawk y Vardo se adelantaron para evitar problemas con los centinelas.

Había uno en la entrada. Nuevamente Vardo empleó sus puños con resultados demoledores.

—El paso está franco —anunció.

—Todavía queda lo peor —murmuró Shawk—. Esperemos al presidente y a la doctora.

Los mencionados llegaron poco después. El presidente estaba prácticamente recuperado.

—¿Cuándo empezamos? —consultó.

—Ahora mismo, señor, pero... permitirá que lleve la voz cantante —dijo Shawk.

—Haga usted lo que tenga por más conveniente, joven; yo le apoyaré con todas mis fuerzas —aseguró el presidente.

Atravesaron el jardín y llegaron a la casa. Shawk empujó la puerta, que se abrió sin dificultad. Vardo iba a su lado y encañonó al vigilante que había en el vestíbulo.

—No te muevas, hermano, o te convierto en agua de cloaca —amenazó.

Shawk aprovechó la sorpresa del centinela, para saltar hacia él y desarmarle. Luego lo envió a un rincón, ordenándole que permaneciera allí mientras no se le dijera lo contrario.

La acción, aunque sin estridencias, no se había desarrollado en silencio total. Un hombre apareció de súbito por la puerta del fondo y se quedó petrificado de asombro al ver a dos desconocidos con armas en las manos.

—¡Juraría que usted es el doctor Triom, autor del mayor embuste de la historia de la humanidad! —exclamó Shawk al verle.

Detrás de él, Elyssa confirmó sus palabras:

—Cierto. Jori; es Triom —dijo.

Un nuevo personaje apareció en escena segundos después. Al ver lo que sucedía, el profesor Roffur lanzó una exclamación de alegría:

—¡Habéis vuelto, muchachos!

—Aquí, estamos, profesor, gracias a usted —respondió Shawk.

CAPÍTULO XII

Pero el joven no perdió tiempo en lo que, por el momento, resultarían explicaciones inútiles. Seguido de Vardo, recorrió las estancias, inutilizaron a dos vigilantes más y, al fin, encontraron a Ersylt en la cama y muy bien acompañado. El coronel y la mujer estaban profundamente dormidos.

—Mírelos, Jori; parecen angelitos —dijo Vardo burlonamente.

Ersylt abrió los ojos. Al darse cuenta de lo que sucedía, alargó una mano hacia la mesilla de noche, pero Shawk fue más rápido y le golpeó en la muñeca con el cañón de la pistola.

—Quietecito, amigo —exclamó—. La farsa ha terminado ya. Las máscaras han caído por tierra y ahora cada uno aparece con su verdadera personalidad. ¡Vamos, vístase! —rugió—. ¡Inmediatamente! ¿Me oye?

Ersylt, aunque furioso, estaba amedrentado por la actitud del joven y, en pocos momentos, se puso las ropas. La mujer, sentada en la cama, contemplaba la escena con ojos de pavor.

—Tú, no te muevas de esta habitación o tendrás que lamentarlo —ordenó Vardo.

—Me gustaría saber qué es lo que pretenden —dijo Ersylt, mientras descendían a la planta baja.

—No se preocupe, pronto lo sabrá. Aunque me imagino que ya debe de darse cuenta de que sus planes se han frustrado.

—Lo hemos hecho todo por orden del presidente...

—¿Orden del presidente Ersylt, su hermano?

El coronel se detuvo bruscamente.

—Lo sabe —gruñó.

—Es del dominio público... «coronel». ¿Se ha autoascendido o fue cosa de su hermano?

Ersylt sacó el pecho.

—Mi hermano es ahora el presidente y esto que hacen les va a costar muy caro.

—Aguarde un momento; todavía no ha visto la mitad de lo que está pasando —rio Shawk.

Momentos después, llegaban al amplio salón de la casa donde se habían congregado todos. Al ver al legítimo presidente, Ersylt se puso lívido.

—Señor... —saludó con voz insegura.

—Luego hablaremos, capitán —dijo el presidente, dando a Ersylt el tratamiento de su antiguo grado—. Ahora, sin embargo, tenemos que escuchar lo que este joven va a decirnos. Puede hablar, señor Shawk.

La mirada de Shawk recorrió los rostros de los presentes en la estancia.

—Aquí falta gente —dijo.

—Ya no, Jori —exclamó Elyssa alegremente—. ¿Los reconoces?

Olko y Amhina venían con ella. Estaban algo pálidos y parecían haber perdido un poco de peso, pero ello, sin duda, se debía a los padecimientos psíquicos propios de un encierro prolongado, más que a torturas o malos tratos físicos.

—Celebro veros, amigos —dijo.

Amhina sonrió deliciosamente.

—No sabes cuánto nos alegramos de verte, Jori. ¿Has estado en nuestra época?

Shawk hizo un gesto afirmativo.

—Traigo de allí noticias muy interesantes, la primera y más importante de todas es que no se va a producir ninguna catástrofe —contestó.

—¿Es cierto eso? —gritó Olko.

—Como lo oyes, Khadd. Vivís en una época maravillosa, dignos de envidia, sin odios, sin ambiciones, confiando absolutamente en todo el mundo... incluso en un estafador de la historia, como lo es el profesor Triom.

—Él fue quien nos anunció la catástrofe, Jori —recordó Amhina.

—Fue un engaño, repito, acompañado de un asesinato: el del guía que viajaba con él al futuro del siglo XXXVII. Con vuestro permiso, voy a explicarlo todo con el máximo de detalles.

Shawk volvió los ojos hacia Triom, en cuyo rostro se apreciaban síntomas de rabia impotente y de odio hacia el hombre que había destruido sus proyectos. Tras unos segundos de pausa, Shawk se decidió y empezó a hablar.

* * *

—Todo eso está muy bien —dijo el presidente, cuando conoció la verdad de los sucesos relatados por Shawk—. Pero ¿cuál era el objeto de esas acciones?

—Señor, debería haber estado usted en el siglo XXXVII para conocer «de visu» cómo se vive allí. La existencia no ofrece dificultades; han desaparecido la ambición, el odio y la envidia. Todo el mundo tiene lo que necesita y no pide nada superfluo... Se ha llegado a un grado de civilización realmente increíble, comparada con la cual, la nuestra, la del siglo XXII nos hace parecer a nosotros hombres de la Edad de Piedra de la Tierra. Lo que para las gentes del siglo XXXVII no son sino beneficios de su trabajo, para algunas personas que viven en esta época, serían riquezas inmensas.

«Simplemente, un grupo de perversos individuos, a consecuencia de la exploración temporal del profesor Triom, decidió trasladarse a aquella época, pero no pensaban ir como invitados ni siquiera huéspedes, sino como dueños y señores de todo cuanto hay y existe allí. Naturalmente, eso no podría ser mientras las personas que viven en aquella época continuaran habitando su ambiente.

«Había que traerlas aquí y la forma mejor de conseguirlo, era atemorizarles con la perspectiva de una horrible catástrofe, que asolaría todo signo de vida humana en el futuro. Esta lo ideó Triom cuando viajó allí con el cronomóvil del profesor Roffur y no tardó mucho en encontrar los cómplices adecuados: gente que le creía, porque conocían las investigaciones de Roffur y sabían que el viaje a través del tiempo era perfectamente posible. Triom —continuó el joven—, trajo también filmaciones del ambiente y modos de vida del siglo XXXVII y con ello logró acabar de persuadir a los más reacios.

«Ahora solo faltaba poner el plan en marcha y ello sucedió cuando vinieron los mensajeros esperados: Khadd y Amhina, a quienes consiguieron mantener secuestrados, para que no hablaran con el legítimo presidente y los miembros de su gobierno que le permanecían fieles...

—A ustedes les enviamos al siglo XXIX —le interrumpió Ersylt súbitamente—. ¿Cómo consiguieron volver?

Shawk sonrió.

—El profesor Roffur arregló el cronomóvil, para que viajáramos exactamente al siglo XXXVII, en donde, no solo nos enteramos de la verdad, sino que se la hicimos conocer a unas gentes honestas e ingenuas, que habían confiado en un miserable embaucador. Si hubieran sido un poco más suspicaces, no habrían tardado demasiado en conocer la verdad auténtica de los hechos y saber que la catástrofe se producirá, realmente, en el siglo cinco mil cuatrocientos.

—¿Es posible eso, Jori? —gritó Amhina.

Shawk se volvió hacia aquella hermosa joven y la contempló con infinita ternura.

—¿Conoces a Ferdlan Qirrert? —preguntó.

—Sí, desde luego...

—Él fue mi guía. Cuando vuelvas allá, habla con él y te confirmará todas y cada una de mis palabras. Estuvimos juntos en el siglo cinco mil cuatrocientos.

Vardo se pegó una palmada en la frente.

—¡Cielos, eso es el año quinientos cuarenta mil! ¿Me equivoco?

—Minuto más, minuto menos, esa es la cifra —rio Shawk—. Por supuesto, estos caballeros no pensaban irse solos —prosiguió—. Ya tenían convencido a un buen número de adictos, entre los cuales, como es lógico, figuraban bastantes damas de buen ver y edades no superiores a los treinta años, adscritas a un Servicio de Futurología creado por la brillante imaginación de Dragh Ersylt. No se iban a marchar al siglo XXXVII sin agradable compañía, claro.

—Y esas áreas acotadas para imaginarios experimentes agrícolas... ¿Qué objeto tenían, Jori? —inquirió Elyssa.

Shawk se volvió hacia la joven.

—Simplemente, eran las zonas destinadas a los cuatrocientos millones de seres que iban a retroceder mil quinientos años para huir de una catástrofe inminente y que solo existía en la desbocada imaginación de un sujeto ambicioso y sin escrúpulos. Me refiero, naturalmente, al ayudante del profesor Roffur.

Triom sonrió burlonamente.

—¿Van a juzgarme por una muerte cometida en el siglo XXXVII? —exclamó.

—No —intervino el presidente—, pero se les juzgará por

secuestro.

Triom señaló a los mensajeros del futuro.

—¡Ellos no son de esta época! —gritó.

—Yo me refería a mi propio secuestro —dijo el presidente sin inmutarse.

En aquel momento. Shawk se dio cuenta de que Roffur había desaparecido. Antes de que pudiera hacer especulaciones sobre los motivos de su ausencia, sonó una voz en la entrada:

—¡Será mejor que tiren las armas! No me fuercen a matar a nadie, lo que, por otra parte, haré con mucho gusto si alguien no me obedece en el acto.

—¡Hermano! —gritó Ersylt alborozadamente—. Llegas a tiempo, créeme.

* * *

El otro Ersylt estaba en la puerta, con una pistola disgregadora en la mano. Shawk hizo una seña a Vardo y los dos dejaron caer sus armas al suelo.

—Tú me llamaste y he acudido, Dragh —dijo el recién llegado.

—Perdona, Veidt, pero yo no te llamé... —contestó el otro, desconcertado.

—Disculpen, fue idea mía —sonrió Shawk—. Tengo buenos amigos y uno de ellos es capaz de caracterizarse con el aspecto de cualquier persona.

—Entonces, ¡fue una trampa! —gritó el capitán Ersylt.

—Si he llegado y los he desarmado, fue una trampa estúpida —calificó el otro.

—Sí, pero ellos habrán avisado a personal que sigue fiel al presidente —intervino Triom—. El plan se ha ido al diario y las gentes del siglo XXXVII ya no vendrán a esta época.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Veidt Ersylt.

—Hay una solución muy sencilla. Es de suponer que ellos dispongan de un cronomóvil, cuya posición desconocemos. Pero ahí tenemos el del profesor Roffur, en el que he introducido modificaciones sustanciosas, que lo hacen mucho más rápido y fiable. Viajaremos a través del tiempo, hasta que encontremos una

época de absoluta seguridad...

Dragh Ersylt no le dejó seguir hablando. Rápido de comprensión, se imaginó en el acto el plan de Triom y agarró a su hermano por un brazo.

—Vamos, larguémonos antes de que sea tarde —exclamó.

Los tres traidores desaparecieron inmediatamente. Elyssa lanzó un grito de rabia.

—¡Se van sin recibir el castigo que se merecen!

Roffur se hizo visible instantes después.

—Más les valdría haberse quedado en esta época. Habrían pasado unos cuantos años en la cárcel y aún habrían salido bien librados.

—¿Qué quiere decir, profesor? —preguntó Shawk, intrigado.

—Vi a Veidt Ersylt llegar sigilosamente y me imaginé que podía suceder algo poco agradable. Ya no podían continuar con la farsa de un presidente enfermo mentalmente ni mucho menos concluir el plan que les habría permitido adueñarse del siglo XXXVII. Pensarían en huir, era lógico... ¿Y qué mejor medio para escapar que un cronomóvil?

—Pero algún día pueden regresar, profesor —alegó Elyssa.

Roffur hizo un gesto negativo.

—He arreglado los controles de mi máquina del tiempo —contestó—. Y esta vez no ha sido como cuando a vosotros quisieron enviaros al siglo XXIX.

—¡Por el amor de Dios, profesor! —gritó Elyssa, muy excitada—. Díganos de una vez qué ha hecho...

—He desconectado el control de tiempo, aunque el indicador siga aparentemente funcionando con normalidad. Cuando se viaja al futuro, se utiliza el acelerador de tiempo; cuando se viaja hacia el pasado, se emplea el mecanismo de retroceso. Bien, el acelerador ha sido situado en «indefinido».

Shawk creyó que se quedaba sin aliento.

—Y eso quiere decir que...

—El cronomóvil continuará viajando inexorablemente en el futuro contesto Roffur con dramático acento—. No podrán detenerlo, pero la energía, inevitablemente, se agotará.

—¿Cuándo, profesor? —preguntó Elyssa.

Roffur hizo un gesto ambiguo.

—Un millón... Dos millones de años en el futuro... Es imposible predecir una época exacta... Pero puede que alguno de ellos, cuando se dé cuenta de lo que sucede, haga algo que...

* * *

—¡Esto no se puede parar! —gritó Ersylt el policía.

—¡Haga algo, profesor Triom! —chilló Veidt Ersylt.

Las manos de Triom se movían nerviosamente sobre el teclado del cuadro de mandos.

—Es imposible. No lo puedo detener. Está averiado... Creo que lo hizo Roffur.

—Está bien, si no se puede parar de una forma, lo detendré yo de otra —dijo Dragh Ersylt resueltamente.

Y, sin más, abrió de golpe la portezuela del cronomóvil.

Triom quiso evitarlo, pero ya era tarde.

Algo que parecía una neblina sólida, compuesta por trillones de partículas infinitesimales, sólidas, pero, al mismo tiempo impalpables, les envolvió en el acto.

Los tres hombres sintieron unos rugidos atronadores y se sumieron en un remolino que giraba con velocidades indescriptibles. Gritaron horriblemente, pero no se oían a sí mismos.

Tampoco se veían, confundidos con aquella extraña neblina, que era el tiempo infinitamente acelerado. Y ya eran parte de la propia neblina, lo mismo que el aparato.

Durante una minúscula porción de tiempo, sintieron que se deshacían ligeramente en millones de fragmentos, pero casi en el acto, desapareció toda sensación de sus mentes y se sumergieron en la indescifrable noche del futuro.

* * *

Shawk entregó a Olko un aparatito.

—Es el control de vuestro cronomóvil —dijo—. Lo tenéis a cinco minutos en el futuro.

Olko estrechó con fuerza la mano del joven.

—Nunca agradeceremos bastante lo que habéis hecho por

nosotros —sonrió.

Luego hizo lo mismo con Elyssa.

—Doctora...

Amhina miró a Shawk con ojos húmedos.

—Hemos de volver a nuestra época —dijo.

—Sí —contestó él, lacónico.

Amhina le abrazó un instante.

—Gracias, gracias —murmuró.

Shawk la besó suavemente en una mejilla.

—Adiós —dijo.

Amhina tomó las manos de Elyssa y la miró tiernamente.

—Es una lástima que hayamos nacido con mil quinientos años de diferencia —sonrió—. Hubiéramos sido buenas amigas.

—Yo también lo creo así —contestó la joven. «Pero no es cierto, porque entonces, habrías ganado tú la partida», pensó.

Los mensajeros del futuro se marcharon. Shawk y Elyssa quedaron solos.

—¿Sabes? —dijo él, pasados unos momentos—. Vardo se queda con el profesor. Está harto de su cargo y ha aceptado el trabajo que le ofreció Roffur, como mozo de laboratorio.

—¿Qué hará Roffur ahora? ¿Continuará sus investigaciones?

—Yo creo que eso no debería importarnos mucho ahora, Elyssa.

Ella se volvió hacia Shawk.

—¿Qué debe importarnos, Jori?

—Tú y yo, encanto. Si mal no recuerdo, dijiste en cierta ocasión que cuando todo esto hubiera terminado, ibas a darme un empleo.

—Es cierto. Yo también necesito un ayudante, y tú, a fin de cuentas, tienes un título... ¡y no quiero que sigas timando a la gente!

Shawk se echó a reír.

—Más que ayudarte, voy a ser tu esposo —dijo.

—¿Quieres casarte conmigo?

—¿Y tú?

Elyssa suspiró.

—¿No se tratará de otra de tus estafas, de un nuevo timo? —preguntó, recelosa.

—Te dije una vez que nunca había engañado a las personas decentes.

—Y yo lo soy, según tu opinión, claro.

—Lo eres. Pero, además...

Shawk se interrumpió unos instantes. Ella le miró ansiosamente.

—¿Por qué no sigues, Jori?

—¿Recuerdas que estuve examinando mi árbol genealógico?

—Sí, claro, aunque dijiste que eran las raíces.

—Lógico, porque yo miraba en el futuro, tratando de saber quiénes eran mis descendientes. Una cosa que no aparece en el registro, sino mucho más adelante, es la fecha de defunción mía y de algunos de mis descendientes, hasta unos seiscientos años; de este modo, uno se ahorra saber algo poco agradable.

—El día de su muerte.

—En efecto. Pero todo árbol genealógico tiene un principio, un tronco compuesto por la unión de dos personas.

—Ahora recuerdo... Tú no me dijiste el nombre de la mujer que iba a ser tu esposa...

Elyssa se interrumpió bruscamente. Shawk la miraba sonriendo de un modo especial.

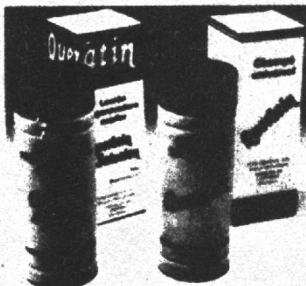
—¡Soy yo! —gritó ella de pronto—. ¡Mi nombre figura en el registro del siglo XXXVII!

—Exactamente, querida —confirmó Shawk, a la vez que rodeaba con sus brazos la esbelta cintura de la joven.

FIN

¿Cuántos cabellos ha perdido usted hoy?

¿Ha mirado bien el peine, la almohada y el lavabo?



¡Olvide los cabellos caídos, pero procure conservar los que le quedan!

ADGOF Nº 25 864-C ADGOF Nº 29 696-C

¡No espere a quedarse calvo!

Un buen consejo para usted: Utilice Queratín Loción y Queratín Champú

Aplique usted el procedimiento más efectivo para procurar resolver los problemas de su cabello, que consiste en usar una buena loción con el objeto de que le facilite el proceso regenerador de las raíces capilares.

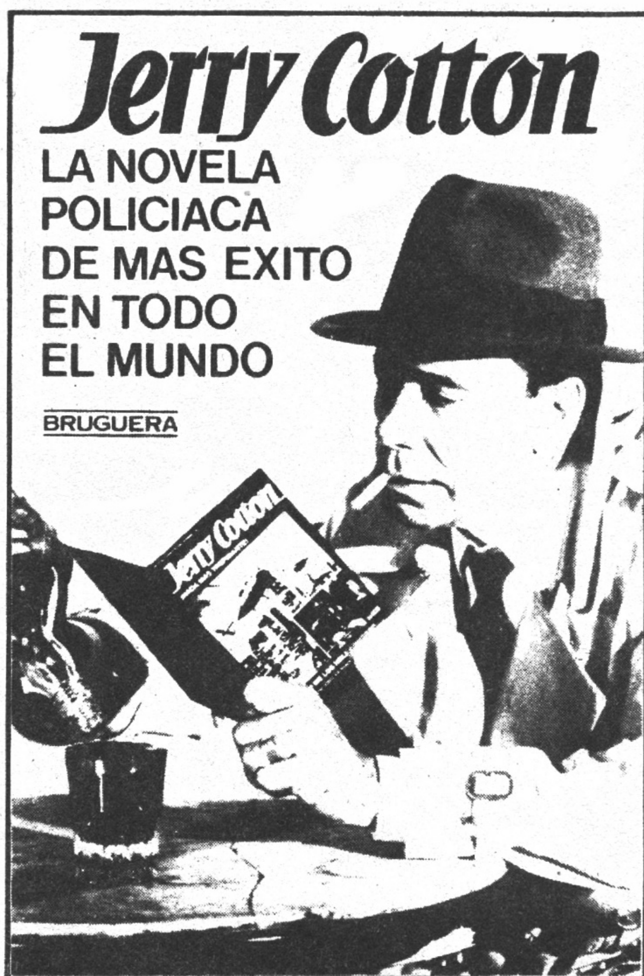
Con esta finalidad se elaboran y comercializan con mucho éxito los preparados Queratín Loción y Champú Universal Queratín, que por su gran efecto tónico son muy recomendados para evitar la caída del cabello y acelerar su crecimiento.

A los pocos días del uso metódico de Queratín Loción y Champú Universal Queratín usted notará su influencia en el estado general de su cabello y continuado el tratamiento podrá observar pronto apreciables y beneficiosos resultados.

Por sus excelentes y valiosos efectos los preparados Queratín son muy aconsejados para hombres y mujeres en los siguientes casos:

- Eliminar gradualmente la caspa y el exceso de grasa del cuero cabelludo.
- Fortalecer y cuidar las raíces mejorando el aspecto decaído del cabello.
- Proporcionarle a éste mayor volumen y brillo, dejándole sedoso, suave y fácil para peinar.

(Continúa en la página siguiente)



INSTRUCCIONES PARA PARTICIPAR EN EL CONCURSO GANE 1 MILLÓN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A., sorteará el último día hábil de cada mes, durante el primer semestre de 1985, 1 millón a pesetas entre todos los lectores que hayan enviado debida mente rellenado el cupón que figura en la tapa posterior de las novelas.

En dicho cupón ha de constar también el punto de venta dónde se

ha adquirido el ejemplar, ya que el vendedor del cupón logrará un premio de 250.000 pesetas.

Los cupones deberán enviarse a EDITORIAL BRUGUERA S. A. Apartado de Correos 9475, Barcelona.

Pueden enviarse todos los cupones que se desee, los cupones participantes en un sorteo serán destruidos al finalizar este.

Los sorteos se efectuarán ante un notario de Barcelona y la ganadores que resulten de cada sorteo (comprador y vendedor) recibirán notificación notarial de su premio. Editorial Bruguera, S. A. publicará el nombre de los ganadores en las últimas páginas de todos los bolsilibros que edita.

Este concurso solo es válido para territorio español.

Según las normas de EDITORIAL BRUGUERA, S. A., en es te concurso no podrán participar los empleados y familiares de los mismos.

NOTA:

Las novelas en las que no figure el cupón de la parte posterior también sirven para participar en este concurso. Solicite de su vendedor habitual un cupón, adjúntelo con la tapa posterior de la novela y envíelo a Editorial Bruguera, S. A. Apartado de Correos 9475 de Barcelona. Puede participar con todos los cupones que desee, siempre que cada cupón vaya acompañado de su correspondiente tapa.

GANE 1.000.000 DE PESETAS

GRAN CONCURSO MENSUAL

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE . . . .
APELLIDOS. . . . .
CALLE. . . . . .No . . . . .
POBLACION . . . .
PROVINCIA. . . . .
DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA. . . . .
PLAZA O CALLE .No . . . . .
POBLACION . . . .
PROVINCIA. . . . .



● INSTRUCCIONES DEL CONCURSO EN EL INTERIOR.

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
75 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA

